

Abri 9/66

10795

Calif 1247

POESÍAS

DE LA SEÑORITA

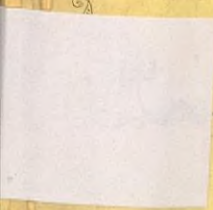
DOÑA VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

855

GRANADA.—1866.

IMPRENTA DE OTERO Y COMPAÑIA.

Calle de Castañeda, núm. 10.



POESÍAS

DE LA SEÑORITA

DOÑA VICTORIA SARRAS DE TELADA

GRANADA—1866

IMPRENTA DE OTERO Y COMPAÑÍA

Calle de Osete, núm. 40



247-1260

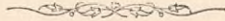
10795

Buy 1847

POESÍAS

DE LA

STA. D.^a VICTORINA SAENZ DE TEJADA.



85

GRANADA:—1865.

Imprenta de Otero y compañía.

Castañeda 10.

POESIAS

DE LA

Es propiedad de
la autora.

STA. D. VICTORINA SAENZ DE TELADA.

GRANADA:—1865.

Imprenta de Gero y compañía.

Calle de la 10.



VICTORINA SAENZ DE TEJADA

PRÓLOGO.

LA lira de la inmortal cantora de Santa Teresa, ha vuelto á resonar en las márgenes del Guadalhorce; no tan pulcra, no tan esmerada, pero mas fogosa, mas enérgica, mas apasionada, mas llena de sentimiento, de ternura y armonía que la vez primera. Antequera recuerda hoy con cariño á su inspirada SIBILA, como la llamaba Lope de Vega, al escuchar conmovido los arrobadores cantos de su nueva Musa. La Antequera de entonces no pudo, ó no supo, apreciar en todo su valor el tesoro que abrigaba en su seno, y Cristobalina Fernandez de Alarcon tuvo que buscar en la ilustrada Córdoba una segunda patria, que la acogiera y diera á conocer sus obras. La Antequera de hoy, mas cuidadosa de su honra literaria, rinde un homenaje justísimo de admiracion y afecto á las letras patrias en la persona de Victorina Saenz de Tejada, dando á la estampa la coleccion de sus primeras poesías

¡Versos! esclamarán muchos en son de mofa, dejando caer el libro de las manos: ¡lamentaciones! añadirán otros, si por casualidad fijan su vista distraida en las muchas frases amargas, que el pesar arrancó á la pluma de esta inspirada poetisa: ¡una hoja mas desprendida de un árbol ignorado, que arrastra hácia los valles del olvido el viento húmedo del Otoño! dirán algunos, sin apenas mirar sus páginas: ¡Cuán descaminados van los que de tal modo juzguen!

Si el hombre, cuando nace, trae al mundo una mision que cumplir, indudablemente Victorina nació para cantar. Puso Dios la lira

IV.

en sus manos y la envió al mundo: ella comprendió su misión: las azarosas circunstancias de su vida la obligaron á desempeñarla de una manera digna y grande.

Si los goces tranquilos de su niñez se hubieran prolongado, si no hubiese perdido las personas que en aquella edad dichosa la rodearon de cuidados y la embriagaron de caricias y cultivaron su espíritu con educación esmerada; si hubiera llegado á la juventud y entrado en el lleno de la vida por una senda despejada, igual, sin accidentes grandes, como entra la mayoría de las mujeres, Victorina habría cantado tal vez; pero sus cantos, á pesar de su genio, no hubieran sido, en medio de la natural disipación de la vida ordinaria de la mujer, mas que alegres himnos ó suaves melodías, que halagan un momento el oído, y se desvanecen luego, como un eco ténue y vago que nada deja en pos de sí. Pero Victorina, pasando bruscamente del lujo á la pobreza; del bullicio de los salones al silencio de un honrado y modestísimo albergue; del afecto y las caricias al olvido y al abandono: privada, casi por completo, de las afecciones de familia, lejos de las personas que le eran mas allegadas y queridas, reducida á una desoladora orfandad, mortificada con el recuerdo de su pasada dicha, amargada con la pérdida de todas sus ilusiones, llevando en su corazón el cadáver de la esperanza, envuelto en negro sudario por la mano helada del desengaño, ha entrado en la primavera de su vida, pisando abrojos en vez de flores; mirando flotar sobre su cabeza, no claro rayo de sol brillante, sino densa y pesada nube de fatal negrura; y viendo estenderse ante sus ojos en un horizonte sin límites, inmensa sábana de hielo, donde esperaba hallar florida y verde alfombra, surcada por arroyos cristalinos de plácido murmurio.

Por eso al tender en torno una mirada y contemplar la horrible soledad que la envolvía, el primer movimiento de su corazón fué un amargo quejido: la fé religiosa la hizo luego alzar á Dios su espíritu y arrancó á sus labios una plegaria: oyóla el cielo, y, enviándola la resignación, fortaleció su alma y engrandeció su pensamiento, que se posó sereno en las alturas á contemplar la marcha progresiva de la humanidad. Por eso en el primero de estos tres períodos de su vida literaria, sus melodías fueron tristísimos lamentos, amargos como el dolor que destrozaba su corazón, sombríos como el abismo en que flotaba su espíritu; y prueba de ello son entre otras las poesías que llevan por título: EL CORAZÓN HERIDO, LA MUERTE, DESALIENTO, A UNA TÓRTOLA, A MI CORAZÓN, A ELISA, DESENGAÑO, LA-

V.

ESPERANZA, y EL CIEGO DE NACIMIENTO. Entra á seguida en el segundo período, y su MIRADA AL CIELO, su canto AL OMNIPOTENTE, su AMOR DIVINO, su PLEGARIA Á LA VÍRGEN MARÍA, y otras varias de la misma índole, revelan bien á las claras que el sentimiento religioso, abatido algun tiempo en su espíritu por la inmensa pesadumbre de sus males, se levanta pujante y vigoroso, arrancando á su lira acordes celestiales, en los que brotan y se desbordan unidos la fe y el sentimiento. Pasemos al tercer período. A los gemidos amargos y desesperados, á los himnos y plegarias religiosas, han sucedido los cantos graves y serenos, nacidos en el pensamiento, así como los otros lo fueron en el corazón. Aquí ya no canta sus dolores, ni sus recuerdos, ni sus esperanzas; su genio se ha engrandecido, y por él impulsada, y en alas de la inspiración conducida, y sin desprenderse del sentimiento, siempre tierno y siempre puro, innato en su ser, se remonta sobre nuestras cabezas, abarca con su mirada de águila la humanidad entera y entona en su entusiasmo el canto de LA GLORIA, el de LA VIRTUD, LA VANIDAD Y LA RAZON, EL HOMBRE JUSTO, EL ESTUDIO, EL SACERDOCIO, FANTASÍA y algunas mas.

Y no es esto solo: hemos citado no mas que algunas de sus composiciones: otras varias análogas á ellas figuran dignamente á su lado en esta colección: muchas mas ha condenado al olvido su autora.

Formando, por su objeto, grupo aparte de las que llevamos citadas, aparecen entre ellas algunas otras de diversa índole; composiciones que podemos considerar como dulces episodios de una desgarradora epopeya; pequeños oasis de agradable descanso en el áspero desierto de su existencia; momentos de expansión y olvido de un alma casi siempre reconcentrada en el profundo seno de su amargura. La prodigiosa fecundidad de esta mujer espanta: todo para ella es un motivo de inspiración. La presencia de un niño de corta edad hace correr su pluma, vertiendo á torrentes las frases mas tiernas y delicadas acerca de la inocencia y del amor maternal y de la dicha inmensa del hijo que puede reclinar su cabeza sobre el pecho de una madre cariñosa: la venida de la Reina á esta ciudad pone la lira en sus manos, y, haciéndola tender su vista por el vasto campo de la historia, dirige á ISABEL II con entonación épica su armonioso canto, presentando á la absorta mirada de su Soberana, como modelos que puede y debe imitar, aquellos de los monarcas de Castilla, que mas prez y gloria dieron á su pueblo con sus virtudes, su fe religiosa, sus hazañas y su amor á las ciencias y á las letras: pasa un día

VI.

bajo los derruidos muros del antiguo castillo que domina á la ciudad, donde tantas lágrimas ha devorado en silencio, é inflamado su pensamiento con el recuerdo de antiguas glorias, canta á LA TOMA DE ANTEQUERA, mostrándonos con su canto que puede manejar la lira de Safo: oye narrar un día una antigua historia de amoríos y apariciones, y al punto invade con segura planta el campo nebuloso de la tradición, donde coje á manojos bellas flores de embriagador perfume para engalanar su inspirada leyenda EL NAZARENO DE CALLE NUEVA.

Y todo esto en pocos años, porque Victorina está hoy en la primavera de su vida; y en medio de mil sinsabores que de continuo la rodeaban; sin libros donde aprender, sin tiempo para pensar, sin un momento apenas oportuno para escribir por la noche lo poco que hubiera podido coordinar en su mente y guardar en su memoria durante el día, ocupado constantemente en labores de mano.

Para que pueda el lector comprender con una rápida mirada la marcha y desarrollo del genio poético de esta inspirada cantora, vamos á presentar por orden cronológico algunos pequeños fragmentos de las composiciones que dejamos citadas, como características de las tres distintas épocas de su vida literaria.

Su canto A LA MUERTE, comienza así:

Ven, fantasma de lánguida belleza,
Y dale al corazón blando reposo:
Adormezca tu seno mi cabeza
Con beleño dulcísimo y sabroso.

.....
Cuando en el mar inmenso de la vida
La tempestad de las pasiones zumba,
¿No escucháis esta voz muy repetida?
«¡Mundo mejor te se abrirá en la tumba!»

.....
Extienda ya la muerte bienhechora
Su fúnebre crespon sobre mi lecho:
La criatura, que así morir implora,
De pena el corazón tiene deshecho.

Verdad: la mujer que esto escribe dice lo que siente: hay tal acento de sinceridad en sus palabras, que excluye toda duda sobre la

VII.

existencia de sus dolores y el vehemente deseo de ponerles término.

Oidla ahora dirigiéndose á un amigo suyo en un bellissimo romance, que titula DESALIENTO.

.....
Hoy solo siento en mi alma
El hielo del desencanto,
La luz fatídica y triste,
Con que alumbra el desengaño.

.....
Ni aun pintar mi abatimiento
Ni mi tristeza me es dado,
Que lo que siente mi alma
Yo no sé como expresarlo.

Dime donde hallar colores
A la vez fuertes y opacos,
Que pinten vehemente anhelo
Y al por languidez, cansancio.

Dime si hay notas que expresen:
Un corazon desgarrado,
Que jóven y ansiando vida
Lucha con la muerte en vano:

Que por conocer las penas,
Vió de la dicha los rasgos;
Pues no conoce las sombras
Quien de luz no ha visto un rayo.

.....
¿Quiéres conocer poeta
De mis pesares un tanto?

Es que una sed me devora
Y nunca, nunca la sacio.

Es que Dios hizo mi alma
Para un goce ilimitado,

Y es tan adversa mi suerte,
Que ni aun el mas breve alcanzo.

Es.... mas ¡ah! tu no comprendes

Este sufrimiento amargo,
Que con su fuego marchita

La pobre flor de mis años.

VIII.

Tú no sabes el tormento
Que es tener en frágil barro
Alma ardiente de poeta,
Sin haber de quebrantarlo.

¿Puede pintarse mejor el cansancio, el abatimiento, el hastío de la vida, la carencia absoluta de ilusiones y de esperanzas?

Pero su alma siempre llena de energía lucha contra el mal que la abruma, y avergonzada de su propia debilidad, se levanta erguida de su postracion, y con la hiel del sarcasmo escribe bajo el título de A MI CORAZON estas esmeradísimas quintillas llenas de gracia, de facilidad y de valentía.

Ya esta mi boca risueña,
Y aunque pálida la faz,
Al verla el mundo alagüeña,
Ni aun por un acaso sueña
Que falte al pecho la paz.

Mas no solo has de esconderte
Del mundo para llorar:
Corazon, yo no he de verte
Cobarde y flaco tu suerte
Con lágrimas deplorar.

Si no puedes respirar,
¡Ah! no me digas que es
Porque te ahoga el pesar:
Mira que te he de arrancar,
Para hollarte con mis piés.

Corazon, es natural
Que aquí, donde falso es todo,
Quien busca, cual tú, leal
La ventura celestial,
Encuentre.... miseria y lodo.

Su **DESENGAÑO** concluye con estos cuatro versos:

Adios, no te amo ya: ¡bendito el cielo!
Pasó la tempestad: triste es la calma:
Una lágrima más dejo en el suelo:
Un desengaño mas llevo en el alma.

IX.

¿Quién, al escuchar estos acentos impregnados de tan desgarradora melancolía, no recuerda á Espronceda, gritando con una desesperada amargura, que en vano pretendia cubrir con el velo de la indiferencia,

«Qué haya un cadáver mas, qué importa al mundo?»

Demos ya alguna muestra de su estilo, cuando la inspira el sentimiento religioso. Elevando UNA MIRADA AL CIELO, que describe en pocos, pero bellos razgos, invita á su alma á subir á las felices mansiones y, para mas moverla, exclama:

.....
Bajo dosel de estrellas de brillo refulgente,
Teniendo la alba luna por bello pedestal,
Verás una hermosura: la nacar es su frente,
La luz es su mirada, sus labios el coral.

De su odorante boca fragancia el ámbar toma,
Y de su tersa frente los lirios el albor:
De sus afectos puros la tímida paloma
Retrata la inocencia y candoroso amor.

.....
Piadosa es cuanto bella, que, siendo soberana
Del cielo y de la tierra, nos brinda con su amor,
Y mira compasiva nuestra flaqueza humana,
Haciendo que deponga sus iras el Señor.

En estos versos, que su fe religiosa le inspira, se descubre un poderoso genio descriptivo, algun carácter observador, mucha armonía y gran facilidad.

En los que á continuacion trascribimos ya se ve un pensamiento mas levantado, mas audaz, mas intenso, y un raudal de sentimiento, que se desborda á torrentes de su pluma. Ved de que manera se dirige AL OMNIPOTENTE.

.....
¡Ah! ¿no es verdad; Espíritu supremo;
Que es el amor del hombre tu delicia,
Y solo con pesar en caso extremo
Recurres al rigor de tu justicia?

¿Verdad que por amor nos has creado?
¿Que sostiene tu amor nuestra existencia?
¿Que eres foco de amor ilimitado

X.

Y tu vida es amor, amor tu esencia?

¿Verdad que ya en Tí mismo no cabia

Y un torrente de amor se desbordaba,

Que en el caos tenebroso se extendia,

Y tierra y cielo y seres levantaba?

¿Pues para qué llenarnos de pavora

Pintándote con rayos en la diestra,

Si de tu dulce amor somos hechura,

Y eres principio y fin y gloria nuestra?

Pase la imagen del castigo eterno,

Que cual sombra de horror mi mente ofusca,

No huyo al Dios de las iras: al Dios tierno

Todo mi corazon y mi alma busca.

.....
Oigamos ahora las armoniosas notas de su lira en estos últimos dias, en que ha logrado pulsarla con el espiritu sereno, algo olvidada de las amarguras de su pasado y teniendo ante la vista, aunque oscurecido por densa niebla, un porvenir de paz y de sociojo.

Seremos parcos, aun á riesgo de que no aparezca completo el pensamiento que entrañen los fragmentos que insertemos. El lector puede recurrir al texto y leer íntegra la composicion.

Ved entre tanto con que elevada entonacion canta A LA GLOIRA.

.....
Divino objeto de mi verso rudo,

Al empezar mi canto,

¡Oh Gloria! te saludo:

El corazon, del entusiasmo lleno,

Anhela en su latir romper el seno,

Tan solo al pronunciar tu sacro nombre;

Porque eres sol fulgente de la historia,

Salvadora del hombre,

Que arrancas á las tumbas su memoria.

.....
Y la dicha mas bella y duradera

Que inunda de alegria,

Húndese al borde de la tumba fria:

Pero las verdes palmas

Que tus manos ofrecen

Aun despues de la muerte mas hermosas,

XI.

Lozanas y frondosas
Sobre la loza sepulcral se mecen.

Tú eres estrella que á los hombres guía
Del arte por la senda trabajosa:
Alma de la poesía
Que en pos de tí se lanza vagarosa.

.....
De lo grandioso, lo sublime y santo
Eres base y corona:
Y cual régia matrona
Benigna el protector, purpúreo manto
Sobre sus hijos tiende,
Y del amargo ultraje los defiende,
Extendiendo sus rayos á los hombres,
Que en hijos de tu amor has convertido,
Los salvas del ultraje del olvido,
Esculpiendo en los mármoles sus nombres.

.....
Concluyamos, Victorina en un brevísimo período ha recorrido todos los tonos de la lírica, desde el mas sencillo y tierno hasta el mas enérgico y levantado, mostrándose en todos ellos á gran altura, y dando á conocer de una manera espléndida el manantial inagotable de ternura que encierra su corazon, la clara luz que ilumina su pensamiento, profundo como el mar, rápido como el deseo, lo brillante y florido de su imaginacion inquieta, una facilidad incomparable para la versificacion, siempre flúida y armoniosa, profundo estudio del corazon humano y la flexible energía de su genio poético, que con la misma brillantez y propiedad tiende pausado ante nuestra vista el iris de colores ó hace retumbar el trueno y surgir el rayo, desgarrando al brillar el inflamado seno de aplomada nube.

En resúmen: la coleccion de poesías que hoy va á juzgar el público, es un manojo de flores silvestres, cogidas en un campo casi siempre cubierto de nubes, amenazado de tormenta, abandonado á su propia vida é ignorado del mundo, que no pudiendo comprender su feracidad, no pudo pensar en su cultivo.

Es decir, que Victorina, sin libros, sin estudios, sin conocimientos, sin direccion, lanza hoy al mundo esos cantos armoniosos, que tantas bellezas encierran: hoy comienza á cultivar el campo dilatado de su inteligencia bajo un cielo sereno que invade ya de suaves

XII.

tintas la aurora de la esperanza : mañana este campo dará nuevo fruto; mañana dejará oír de nuevo su voz potente nuestra inspirada cantora; su eco la esparcirá á los cuatro vientos, y el mundo volverá el rostro hacia este pequeño rincon de Andalucía, exclamando con respeto:—Dichoso el pueblo que tal joya atesora: y mas dichoso aun, si sabe apreciarla, honrarla y darla á conocer.

Antequerá 21 de Noviembre de 1865.

TRINIDAD DE ROJAS.

À LA GLORIA.

Salve ¡oh deidad hermosa!
Que en el zafireo cielo
Entre nubes de púrpura te meces,
Encendiendo en el suelo
Con una chispa de la luz divina,
Que lanza tu mirar centelleante,
La lumbré, que brillante
La noche de los siglos ilumina.

Divino objeto de mi verso rudo,
Al empezar mi canto
¡Oh gloria! te saludo:
El corazón, del entusiasmo lleno,
Anhela en su latir romper el seno,
Tan solo al pronunciar tu sacro nombre:
Porque eres sol fulgente de la historia,
Salvadora del hombre,
Que arrancas á las tumbas su memoria.

Cante en buen hora al Dios de los amores,
Quien pretenda ceñirse con las flores
Que en su morada ofrece;
Cante, buscando su retiro ameno,
Que en óptica ilusoria resplandece,
Esas flores de aroma y lozania
Que en su vida de un día
En el alma destilan el veneno.

Yo te quiero cantar, porque contemplo
En el azul espacio

Tu vasto y rico y magestoso templo
De refulgente y límpido topacio,
Do la verdad de luz lanza destellos,
Y ofreces ramos bellos
No de flores de vida deleznable,
De siempreviva y lauro inmarchitable.
Yo te quiero cantar, porque es mezquino
Y de vida fugaz y pasajera
El goce que en el mundo hallan las almas;
Y la dicha mas bella y duradera,
Que inunda de alegría,
Húndese al borde de la tumba fria;
Pero las verdes palmas,
Que tus manos ofrecen,
Aun despues de la muerte, mas hermosas,
Lozanas y frondosas
Sobre la losa sepulcral se mecen.
Tú eres estrella que á los hombres guia
Del arte por la senda trabajosa:
Alma de la poesia,
Que en pos de tí se lanza vagarosa,
Dando á la tierra, al estender sus alas,
Rico manto de flores,
Matizadas de límpidos colores:
Tú á la misma pobreza ornas con galas
De color deslumbrante:
Tú en medio del horror de la pelea,
Cuando estalla el cañon, la sangre humea,
Das al soldado aliento de gigante.
Que al escuchar tu inspirador acento,
Que los espacios llena
Y el corazon ensancha y enagena,
A el aspirar el fuego de tu aliento,
Que hinche las almas de entusiasmo santo,
A el ver de tu mirada el claro brillo,
Virgilio alzaba su inspirado canto
Y pintaba sus Virgenes Murillo.

Y en medio de su mísera pobreza,
Mostrándole en tu diestra esa corona,
Que ciñó su cabeza
Y con tu nombre el suyo hoy eslabona,
Tú le inspiraste el pensamiento sabio
Al regenerador de la novela,
Genio coloso cuya fama vuela,
Del crítico mordaz sellando el labio,
De presentar en gran caricatura,
En páginas brillantes,
De historias fabulosas la locura,
Eternizando el nombre de *Cervantes*.

Tú el espíritu fuiste del guerrero,
Honor del nombre ibero,
Cuyo recuerdo de entusiasmo inflama:
Y de tus resplandores circuido
Mécese enaltecido
Sobre los héroes de gigante fama,
Como el águila altiva
Sobre las aves junto al sol se mece:
Por tí alcanzó laurel y siempreviva
Que ciñen hoy su venerada tumba:
Y por no abandonar su heroica empresa
Reduciendo sus naves á pavesa
Nuestro pendon *Cortés* clavó en Otumba.

De lo grandioso, lo sublime y santo
Eres base y corona:
Y, cual régia matrona
Benigna el protector, purpúreo manto
Sobre sus hijos tiende
Y del amargo ultraje les defiende,
Extendiendo tus rayos á los hombres,
Que en hijos de tu amor has convertido,
Los salvas del ultraje del olvido,
Esculpiendo en los mármoles sus nombres.
Respetan tu belleza
Inclinando su frente las edades:

Derrúmbanse los tronos, las ciudades....
Y el polvo en que se trueca su grandeza
La tuya no sepulta ni oscurece
Que aun mas sobre las ruinas resplandece.

Que sublime ventura

Es alcanzar ¡oh Gloria! tus favores,
Y matizar con tus rosadas flores

La preciosa guirnalda

De laureles que afrentan la esmeralda.

¡Oh! si al templo que tienes en la altura

Subir me fuese dado,

Y las coronas ostentar del vate,

En su ardiente anhelar fuera saciado.

Mi pobre corazon que por tí late.

Mas ya que en vano anhelo

A tu trono llegar; y, aunque suspiro,

La senda que nos lleva sin reposo

A tu templo eternal cerrada miro,

Haz que en mi negro encapotado cielo

Brille del genio el sol esplendoroso,

Y el torrente de luz vivificante,

Que de tí se derrama,

Mi ser envuelva en su fecunda llama:

Entonces, sí, con pecho palpitante,

Alta la frente y la mirada altiva,

La que en silencio hoy tu nombre adora

Podrá ser mientras viva

De tí, Gloria inmortal, feliz cantora.

EL CIEGO DE NACIMIENTO.

Dicen, que forma cambiantes
El sol con sus resplandores,
De la luna los fulgores
Dicen que de nacar son:
Y dicen, que el firmamento
Bordan millares de estrellas,
Tan refulgentes y bellas
Cual del alma la ilusion.

Dicen, que rizada espuma,
De plata ligero encaje,
Forma el soberbio oleaje
De un vasto mar de zafir:
Dicen, que matiz hermoso
Tienen las flores que aspiro
Y el ave, que en ráudo giro
Su plumaje hace lucir.

Dicen, que son las mujeres
Gran portento de hermosura,
Y que un cielo de ventura
Es su mirada de amor;
Dicen, que en sus rojos labios
Es la graciosa sonrisa
Mas grata que fresca brisa
En el estival calor.

Mas ¿qué me importa ¡infelice!
Que las flores y las aves
Tengan matices suaves
Y olas de plata la mar?
¿Qué me importan los fulgores
Del sol, la luna y estrellas,
La sonrisa de las bellas,
Ni su amoroso mirar?

Siempre mis ojos cerrados
A la luz del claro día,
Siempre en tiniebla sombría
Envuelta mi vida está:
Y ni aun comprender yo puedo
La soberana grandeza
Y la armónica belleza
Que en el mundo reinará.

Siento bullir las aguas del del torrente,
Siento estrellarse el mar embravecido,
Siento el murmurio de la grata fuente,
Que al corazon sociega en su latido.

Las tiernas hojas siento en primavera
Mecidas por la brisa suspirante,
Y las flores que esmaltan la pradera
Derramando su olor puro y fragante.

Siento el rayo del sol bañar mi frente
Cuando á la tierra da calor y vida,
Siento los besos del fugaz ambiente,
Que refrescan mi sien enardecida.

Siento el hombre correr tras el progreso,
Explotar los tesoros de la ciencia;
Y siento á la mujer, dulce embeleso,
Vertiendo en derredor paz é inocencia.

Mas ¿qué me importa á mi naturaleza,
Prados, céfros, mar, fuentes y flores,
Si para mí no existe la belleza
Del risueño paisaje y los colores?

¿Qué me importa que el sol rompa en Oriente,
La densa niebla con dorada lumbre,
Ni que con débil luz, yendo á Occidente,
Bañe del monte la empinada cumbre?

¿Qué me importa el progreso, ese coloso
Que á las nubes alzar quiere su frente
Y arrastra en su ambicion impetuoso
La sociedad con entusiasmo ardiente?

¿Qué me importa la faz bella y lozana
Que pinta la ternura, el sentimiento
De la pura mujer, creacion galana,
Si yo verla jamás puedo un momento?

Se que es fuente de amor, ángel del cielo,
Paloma fiel, que el amoroso nido
De flores de candor y de consuelo
Dentro del corazon tiene escondido.

Mas ¡ay! si al escuchar su dulce acento
Mi pobre corazon de amor palpita,
Sin frases encontrar de sentimiento
La connocion interna que me agita,

No puedo retratar, yo pobre ciego,
La ternura del alma enamorada,
Ni mi dulce ilusion de puro fuego
En el raudal de amor de una mirada.

Y si, al reconocer la omnipotencia
Del Dios que á su placer gobierna el mundo,

Su inmensa majestad y su clemencia
Me hacen sentir amor vivo y profundo,

—
No puedo ver su huella luminosa
El firmamento azul de astros bordando,
Ni el velo de su faz pura y radiosa
En las nubes que el éter van cruzando.

—
Mas, alivio buscando, el alma mia
En brazos de la Fe tierna se lanza,
Y de cobrar la vista en un gran dia
Siento en el corazon firme esperanza.

—
¡Ah! si, que se abrirán mis secos ojos
Do canta el serafin mejor que el ave:
Do inmarchitables flores sin abrojos
Vierten aroma de candor suave.

—
Do ricas en color bate sus alas
El ángel puro bajo el *Sol de Gloria*,
A cuyo resplandor lucen sus galas
Las almas limpias de la humana escoria.

—
¡Oh! mis ojos verán allá en el cielo
Entre los brazos de mi Dios amado :
¡Oh! bendita la Fe que es el consuelo,
Y única luz, que *El Ciego* ha dividido.

No puedo temer, yo pobre ciego,
La ternura del alma enamorada,
Ni mi dulce llanto de puro duelo
En el raudal de amor de una mirada.
Y al, al reconocer la omnipotencia
Del Dios que á su placer gobierna el mundo.

A EL OMNIPOTENTE.

Con anhelo te busco, Señor mio;
Mas no te quiero ver de furor lleno,
Ostentando tu inmenso poderío
Y marcando tus pasos con el trueno.

Yo no te quiero ver allá en los mares
Cuyo mugir rabioso nos aterra,
Cuando tragar intentan nuestros lares,
Y de aguas inundar toda la tierra.

Y no te quiero ver lanzando el rayo
Y ceñida la sien de nube oscura;
Te quiero contemplar, dándole á Mayo
De rosas y azahar su vestidura.

Yo quiero ver tu cándida sonrisa,
Cuando en el cielo azul la luna miro,
Y en la suave y perfumada brisa
Quiero sentir de amores tu suspiro.

Quiero escuchar tu arrullo delicioso
En la fuente que en perlas se desata,
Y en el límpido mar tranquilo, hermoso,
Ver tu lecho de záfiro y plata.

En todo lo mas dulce y lo mas bello,
Espíritu de amor, quiero encontrarte:
Do quier de tu bondad busco el destello,
Que solo por tu amor yo quiero amarte.

¡Ah! ¿no es verdad, espíritu supremo,
Que es el amor del hombre tu delicia
Y solo con pesar en caso extremo
Recurre al rigor de tu justicia?

¿Verdad que por amor nos has creado?
¿Que sostiene tu amor nuestra existencia?
¿Que eres foco de amor ilimitado
Y tu vida es amor, amor tu esencia?

¿Verdad que ya en Tí mismo no cabía
Y un torrente de amor se desbordaba,
Que en el caos tenebroso se extendía
Y tierra, y cielo y seres levantaba?

Pues ¿para qué llenarnos de pavora,
Pintándote con rayos en la diestra,
Si de tu dulce amor somos hechura,
Y eres principio y fin y gloria nuestra?

Pase la imagen del castigo eterno
Que cual sombra de horror mi mente ofusca;
No huyo al Dios de las iras; al Dios tierno
Todo mi corazón y mi alma busca.

A ese Dios que en el mundo ha derramado
Torrentes de ternura inextinguible,
Y que á todos los seres ha dotado
De un instinto de amor irresistible.

A el Dios que paga nuestra audacia loca,
Trocando la tormenta en dulce calma:
A el Dios que con amor el triste invoca,
A el Dios que para amar nos dió un alma.

À LUISA.

Adios, quizás para siempre,
Adios, mi amiga querida,
Hermosa flor, que en mi vida
Dulce bálsamo vertió:
Adios, luna bienhechora,
Que alumbró la noche oscura
De dolor y de amargura
En que el hado me abismó.

Como el ave, que, alejada
Del valle ameno y querido,
Al punto su amado nido
Rápida vuelve á buscar.
Yo, que me encuentro distante
De mi natal bello suelo,
Ya tiendo ansiosa mi vuelo
Para volverle á encontrar.

Y tal vez allí me esperen
Pena y doleres sin cuento,
Y algun nuevo sufrimiento
Si alguno desconocí:
Tal vez en la hermosa tierra,
Donde están mis ilusiones,
Hay amargas decepciones
Reservadas para mí

Mas, aunque sufrir espere,
Te confieso, Luisa mia,
Que en la hermosa Andalucía
Quiero volver á morar,
Y ver sus extensos campos
De admirable fertiliza,
Do quiso naturaleza,
Toda su pompa ostentar.

Quiero ver su sol de oro
Bañar la torre moruna,
Y la nacarada luna
Que allí lanza mas fulgor;
Quiero aspirar el ambiente
De azahar y de claveles,
Cantar bajo los laureles
Que se ciñe el trovador.

Aquel país delicioso
Arrebata el pensamiento;
Do quiera suena el acento
De un inspirado cantor:
Y hay en sus noches y dias
Cierta mágia indefinible,
Que inspira al alma sencible
Vago, indeficiente amor.

Hay allí rostros hermosos
Con negros ojos rasgados,
Cuyos rayos encantados
Penetran el corazon:
En las frentes van escritas
La ternura y la franqueza,
Y de gracia y gentileza
Portento las damas son.

Y de ardiente y puro fuego
Son allí los corazones,

Y tienen mas ilusiones,
Que flores el mes de Abril:
Que allí desplegan los genios
Sus alas de rosa y nieve,
Y la inspiracion se bebe
En el Bétis y el Genil.

—
Vente á mi suelo querido,
Vente, Luisa, ángel hermoso,
Que allí será venturoso
Tu vehemente corazon,
Viendo al punto realizado
Cuanto hayas visto alagüeño
En tu mas dorado ensueño
De lisonjera ilusion.

—
Amor te darán los bardos,
Las doncellas candorosas
Ornarán con frescas rosas
Tu pálida y bella sien:
Y, pues amas entusiasta
A la sublime poesía,
Cantos de dulce armonía
Habrás de entonar tambien.

—
Vente sí, que solo falta,
Para ser un paraiso
La tierra que el cielo quiso
De tal belleza colmar,
Que tú, mi arcángel querido
De candor y de ternura,
Viertas luz brillante y pura,
Viniendo en él á morar.

LA TOMA DE ANTEQUERA.

Hijos de la *leal noble Antequera*,
De digno orgullo henchid los corazones:
Mirad la primitiva gran bandera
Que coronó sus altos murallones:
A el Dios que habita en la celeste esfera
Humildes tributad mil bendiciones:
Cánticos entonad con alegría:
De gloria y de placer es hoy el día.

Parte de Andalucía se miraba
Presa del moro altivo y arrogante,
Que al cristiano sin treguas molestaba
Sus tratados rompiendo á cada instante.
Rico joyel que su diadema ornaba,
Expléndido, bellissimo diamante,
Que en sumo precio el musulman tuviera,
Fué la villa preciosa de Antequera.

Mira tan bella alhaja el gran Fernando
Del bárbaro prendida en la corona,
Y sus ojos en ella va fijando,
Y al moro arrebatársela ambiciona:
Y á los nobles caudillos congregando,
Que la *fama* bravísimos pregona,

De este modo sus bélicos acentos
Inflamaron los patrios sentimientos.

«Preciso es castigar con dura mano
A ese traidor, infiel cual insolente:
Preciso es demostrar á el mahometano
El esfuerzo y valor de nuestra gente.
En sus plazas la insignia del cristiano
Tremole nuestro ejército valiente;
De Gibraltar y Baza y Antequera
Mi atencion he fijado en la postrera.»

Rica, fértil, extensa y deliciosa,
De hermosísima vega rodeada,
Será su adquisicion á Nos gloriosa
Y del moro su pérdida llorada:
En esta guerra santa, religiosa
Nuestros ultrajes vengará la espada,
Mi labio la victoria os asegura,
Que nos proteje Dios desde su altura.»

Dijo; y estas razones aprobaron
Con bélico placer todas las voces,
Que al deshonor los nobles le temblaron,
No á los moros soberbios y feroces.
En breve sus vasallos aprestaron
Y, al águila imitando en lo veloces,
De Córdoba emprendieron la carrera
Hasta pisar los campos de Antequera.

El asaltar la plaza aun no emprendieron
Por verse desprovistos de bastidas;
Pero con cerco estrecho que pusieron
A los moros cerraron la salida.
Por senda subterránea ellos la hicieron,
Y ligeros, cual aves perseguidas,

Llegaron á la córte de Granada,
A pedir en su auxilio gente armada.

Tropas alza el monarca granadino,
Y nombra á sus hermanos para el mando,
Que por la sierra tuercen su camino,
Y atacan á las huestes de Fernando;
Pero Dios que fijado ha su destino,
A los nobles cristianos auxiliando,
Quiso que de terror y espanto lleno
A la fuga apelase el sarraceno.

Y se retarda el sitio y nuestros fieles
Con marciales coronas se engalanan;
Mas no apagan su sed nuevos laureles,
Y acrece su valor y gloria afanan.
Rechazando la paz de los infieles,
No cejando jamás, victorias ganan
Junto á Archidona y Málaga luchando,
Su fama luminosa eternizando.

Pero lució por fin el bello día,
Que á nuestros héroes dió preclara fama;
La escala acá y allá se suspendia
Y á los guerreros mas su vista inflama;
Que en sus valientes pechos encendia
De gloria y patrio amor la ardiente llama
Y, siendo la subida peligrosa,
La pretenden con ánsia generosa.

Trepan ligeros y al momento mismo
De cristianos se puebla la ancha villa,
Mas los moros con bárbaro egoismo
Aun rendirse no quieren á Castilla;
Se defienden con ciego fanatismo,

Pero su altivo orgullo al fin se humilla
Y las armas y alcázar entregaron,
Y victoria los nuestros alcanzaron.

Demos gloria y honor al gran Infante
Y al Alcaide primero de Antequera,
A Dávalos, Enriquez y Escalante,
A Ponce de Leon, Niebla y Rivera:
Y á todos los primeros que triunfante
En las torres alzaron su bandera,
Himnos de gloria con placer cantemos,
Y jamás sus proezas olvidemos.

Antequera, Antequera, flor preciosa,
Que entre abrojos te viste colocada;
Ya puedes elevar tu frente airosa;
Ya del vasto erial fuiste arrancada:
Raza valiente, fiel y generosa,
Que deje tu grandeza eternizada
Y anuncie tu nobleza esclarecida,
Brotará de tu planta bendecida.

¿Qué corazon helado no palpita
De gozo, al ver tan venturosa hazaña?
¿Qué alma sin fe de orgullo no se agita
Por hija ser de esta ciudad de España?
¿Nó escuchais una voz que clara grita
Desde esa de la tierra oscura entraña:
—Sed cual fuimos valientes, virtuosos
Y en la gloria sercis cual nos dichosos?—

Gracias os damos, ínclitos varones,
Que, á mas de esta ciudad preciosa y bella,
Os debemos de gloria inspiraciones,
Que vuestro ejemplo bélico destella.

Hoy laten de placer los corazones,
Al contemplar la luminosa huella,
Que impresa nos dejásteis en la historia
Ocupando cien páginas de gloria.

Demos gloria y honra al gran insano
Y al Aleardo primero de Antepura,
A Dávalos, Enríquez y Pascualina,
A Ponce del conde, Nivola y Rivera;
Y a todos los que —————
En las torres alzaron su bandera,
Himnos de gloria con placen cantados,
Y jamás sus proezas olvidados.

Antepura, Antepura, por proceloso
Que entre abrojos te vistes colgado;
Ya puedes elevar tu frente airada;
Ya del vasto cielo firmes arrojada;
Raza valiente, fiel y generosa,
Que dejes tu grandeza gloriosa
Y anuncie tu nobleza estroada,
Brota de tu planta bendecida.

¿Qué corazón helado no palpita
De gozo, al ver tan venturoso hastar?
¿Qué alma sin fondo orgullo no se agita
Por hija ser de esta ciudad de Riquelme?
¿No escuchas una voz que clama: «¡viva!»
Desde cas de la tierra sacada en tierra,
— Sed nuestros valientes, videntes,
Y en la gloria seréis así nos dichosos? —

Gracias de himnos, inelitos torques,
Que, a mas de esta ciudad procelosa y bella,
Os debemos de gloria las razones,
Que vuestro estirpe bello bastos.

À UNA TÓRTOLA.

¡Pobre tórtola, que al viento
Sueltas profundos gemidos,
Exhalando en los quejidos
Lo amargo de tu dolor!
¡Pobre infeliz avecilla!
Con acento plañidero
Lloras muerto el compañero
En quien cifrabas tu amor.

No ha mucho que en la enramada
Te columpiabas dichosa,
Y entonces era amorosa
Tu hoy tristesima cancion:
Porque tu seno latia
Bajo el ala del que amabas,
Y á su arrullo contestabas
Dando á tu dicha expansion.

En las deliciosas horas
De tu amor sencillo y tierno
Imaginabas eterno
Aquel inmenso gozar;
Ignorabas ¡desdichada!
Que la flor de la ventura

El viento de la amargura
Viene al punto á marchitar.

Hoy tu canto es una queja,
Que hiere á el alma sensible,
Siendo del todo imposible
Escucharlo sin sufrir:
Pues, al par que es moribundo,
Tiene la melancolía
Del que anhela en su agonía
Dejar pronto de existir.

¿Habrás un dolor comparable
Al tuyo infeliz viuda?
¿Podrá una pena mas cruda
Atormentar algun ser?
¿Hallarte sola en el mundo,
Y tener el alma henchida
De un amor, que era tu vida,
Y es solo tu padecer!

Mas ¡ay! que en el mundo existe
Otro dolor mas agudo,
Que por concentrado y mudo
Va secando el corazon:
Un dolor que no se canta,
Por evitar el desprecio,
Que el vulgo insensato y necio
Da en lugar de compasion.

Que hay tórtolas amorosas
De la sociedad esclavas,
La cual les impone trabas
Que las impiden cantar;
Y es tanta su desventura,
Que ni aun las queda el consuelo

De alzar lamentos al cielo,
Y su dolor expresar.

La muerte con su güadaña
Ha de herirte acaso en breve,
Y ese dolor tan aleve
Con tu vida cesará;
Mas la mujer desdichada,
Que su amor perdido llora,
En vano la muerte implora:
La muerte tarde vendrá.

Que, siendo cual tú amorosa,
Diola Dios mas resistencia,
Porque arrastre su existencia
Por abismos de dolor:
Que, si algun pesar violento
Su vital hilo cortara,
Ya con la muerte cesara
De los hados el rigor,

Y es forzoso que ella apure
El cáliz de la amargura:
Y sufriendo la tortura
Forzoso es tambien reir:
Y tragar amargo llanto
Sin que humedezca los ojos,
Porque no los pongan rojos
Las lágrimas, al salir.

Y es por último forzoso
Mostrar la frente serena,
Aun cuando el alma esté llena
De un pesar desgarrador:
Y ocultar con doble velo
De dicha y de ligereza

La incomparable grandeza
De un firme y constante amor.

¡Oh! tan noble sentimiento
Ocultar como un delito!
Ahogar el profundo grito,
Que el pecho quiere exhalar!
Es ley terrible que impone
La sociedad inhumana,
Cuando del cielo dimana
El santo anhelo de amar.

Si en la mujer los amores
Son elevados, sublimes,
Sociedad ¿por qué la oprimes
Con bárbara iniquidad?
¿Por qué cual la tortóllilla
No ha de cantarte sus glorias,
O lamentar sus memorias
Perdida felicidad?

¿Por qué en su amoroso extasis
No ha de exclamar «yo te adoro»
Y por qué ocultar el lloro
De una perdida ilusion?
¡A un pajarillo conceden
Sentimientos de ternura,
Y á la mujer dulce y pura
La niegan un corazon!

Mas ¡ay de mí! yo deliro;
Sigán las aves cantando,
Y la mujer ocultando
Su desdicha ó su placer;
Que tal vel el cielo ordena
La sujeccion que me espanta,

¿Pues quién comprende si canta
El cantar de la mujer?

Que si ella libre expresara
Su abnegacion, su terneza,
El mundo tanta grandeza
No pudiera concebir;
Cual se ignora de un idioma
La gracia y fluidez que encierra
Si allá en extranjera tierra
Es donde se deja oír.

Siga la mujer callando,
Y canta, libre avecilla,
Que en tu cántiga sencilla
Das lenitivo al dolor:
Y pues eres comprendida,
Con acento plañidero
Llora muerto al compañero
En quien cifrabas tu amor.

DOLORES DE MARÍA.

¿Por qué con denso funerario velo
Encubre el sol la faz resplandeciente,
Y demuestra la luna amargo duelo,
Ennegreciendo el disco refulgente?
¿Por qué las piedras chócense en el suelo,
Abrense los sepulcros de repente,
Brava ruge la mar, el pueblo grita,
Y hórrida convulsion al mundo agita?

Es que, mostrando pena, sin fulgores
Los astros quedan en mitad del día:
Es que las piedras temen los rigores
Que la raza de Adán provoca impía:
Es que para llorar, tantos horrores
Los muertos salen de la tumba fría,
Y mar y tierra tiemblan de pavora,
Porque al Criador da muerte la criatura.

Es que el Verbo divino, que acaricia
El Padre celestial, é hijo le nombra,
El que del cielo forma la delicia,
Y á sus plantas el sol es régia alfombra,
Victima se ofreció de la justicia,
Con exceso de amor, que al orbe asombra,

Y el orden natural deja invertido,
Espiendo la ofensa el ofendido.

¡Oh mirad! una cruz tiene por lecho
La fuente del poder y la riqueza,
Y apoya en el desnudo y roto pecho
De espinas coronada la cabeza.
Dejaron ¡ay! su corazón deshecho
En lágrimas de sangre y de tristeza:
Sufrió por redimir ageno vicio,
Y consumó su muerte el sacrificio.

Arcángeles, venid: no engalanados
Con alas de colores deslumbrantes,
Ni cabellos de oro destrenzados,
Ni los ropajes albos y flotantes.
En fúnebre crespon venid velados,
Y en vez de notas plácidas, vibrantes,
Tonos alzad de triste melodía
Junto al hijo difunto de María.

Y acompañad los ayes plañideros
De esa tierna mujer mar de amargura,
Que al ver partir los tigres carniceros
Sola junto á la cruz la angustia apura;
Vertiendo perlas de sus dos luceros,
La mústia frente, cual el cielo pura,
Como tronchada, lánguida azucena
Dobla hácia el pecho, de congoja llena.

Venid, hombres, tambien: venid y vamos
Junto á la Madre pura y dolorosa,
Ya que en su corazón acumulamos
Con profusion las hieles que rebosa.
Sus acerbos dolores compartamos;
Y si la aguda espada venenosa

Arrancar no podemos de su pecho,
El nuestro quede de dolor deshecho.

Dennos los cisnes su doliente canto,
La viuda tortolilla su quejido:
Dennos los mares manantial de llanto,
Y amor el cerafin mas encendido.
A la Madre del Dios tres veces santo
Vamos á secundar en su gemido:
Vamos, pues, á beber alguna gota
De ese cáliz de acibar que ella agota.

Vamos; pero escuchad como resuena
Al pié del monte ya su triste acento:
Ni deja el ave oír su cantilena,
Ni aun con lánguido son murmura el viento.
Solo se escuchan de profuda pena
Suspiros, que al rasgar del firmamento
El enlutado tenebroso manto,
Los acoje el Señor tres veces santo.

Mas ¡ay! que el corazon se hace pedazos,
Y hasta el mármol tambien se partiria,
Viendo al muerto Jesús entre los brazos
De la doliente y pálida María,
Que con besos de fuego y con abrazos
Quiere el pecho animar, que antes latia,
Henchido de su amor, y desfallece:
Se reanima despues, y mas padece.

Mas si era ese Jesús tan adorado
La sábia y el calor de su existencia,
¿Cómo al verle morir, no habrá espirado
De sus congojas mil á la violencia?
Misterio es este solo reservado
A la alta divinal inteligencia,

Y la que antes vivió solo de amores
Ahora vive no mas que de dolores.

¡Dolor, solo dolor, erudo, inclemente,
En denso nubarron es lo que mira!
¡Dolor, solo dolor es el ambiente,
Que con sus lábios lívidos espira!
¡Dolor, solo dolor hierve en su mente!
¡Dolor, solo dolor su pecho aspira!
Y por un sin igual sumo portento
Dala el mismo dolor vital aliento.

En este abismo de dolor profundo
Halla la mente impenetrable arcano
Y se pierde cual átomo en el mundo
O cual ligera gota en Oceano.
El mas brillante ingenio, el mas fecundo,
Sublime y pensador talento humano,
Aunque tanto dolor compadeciera
Su infinita extension no comprendiera.

Mas ¿la angustia que postra en el delirio
A la madre de Dios admite creces,
Cuando es su boca ya cárdeno lirio
Y encendido clavel era otras veces?
¿Cuándo la amarga copa del martirio
Su corazon apura hasta las heces
Y la guarda Jehová preciosa palma
Porque es reina de mártires su alma?

Del seno virginal donde reposa
Arrancan á Jesús ¡tormento fiero!
Vá la Virgen tras Él febril y ansiosa
Cual si fuese á lanzar el ¡ay! postrero.
Bajo una sepulcral marmórea loza
El exánime cuerpo del Cordero,

Ya ungido con olores, le sepultan,
Y á su Madre Santísima le ocultan.

Cual paloma, que hiere aleve tiro
Desplómase la Virgen en la tierra:
Se reanima despues, lanza un suspiro,
Y halla un sepulcro que á su amado encierra.

—Sola sin mi Jesús, sola me miro—
Dice con languidéz, y al punto cierra
Los soles, que eclipsó nube de llanto,
Para no verse sola en su quebranto.

¡Sola! grita con tono delirante,
¡Sola! repite el eco pavoroso,
¡Sola se encuentra, sola sin amante,
Y sin padre, sin hijo, sin esposol
¡Sola en un mundo bárbaro, ignorante,
Que el crimen cometió mas monstruoso,
Do su espíritu puro es extranjero,
Y tuvo al de Jesús por compañero!

Sola se encuentra, y sola se encontrára,
Aunque la humanidad toda viniera
Y en torno suyo en masas se agrupara,
Que un sepulcro no mas entonces viera:
Sola, aunque el firmamento se rasgára
Y celeste falange descendiera,
Que solo buscan sus cargados ojos
Los de su amado bien yertos despojos.

Queriendo traspasar la loza dura,
Sola con sus agudos padeceres,
Ya en la cumbre se ve de la tristura
La escogida entre todas las mujeres.
Yo quisiera, cantando su tortura,
De compasion henchir todos los séres,

Pudiéndoles mostrar la imágen propia
De los pesares que su pecho acopia.

Mas, aunque hermoso mi proyecto es vano,
Que ya mi númen su impotencia toca:
El pobre insecto con su vuelo ufano
Aguila quiso ser ¡audacia loca!
¿Cómo habrá de sentir pecho profano,
Cómo habrá de cantar la débil boca
Ese insondable abismo de agonía,
Que en el postrer dolor siente María?

¡Ah! lo conozco, sí, ni aun débilmente
Jamás podré cantar yo la grandeza
Del último dolor, el mas vehemente,
Ni su ¡ay! desgarrador de honda tristeza.
Aunque la inspiracion arda en mi mente,
Y lágrimas derrame con terneza,
Al ver mi madre en soledad y llanto,
Se me embarga la voz, cesa mi canto.

Á MI AMIGA R. DE G.

Yo no puedo amiga mia
Alzar melodioso canto,
Que dulce placer y encanto
Derrame en tu corazon;
Ni quiero, porque me escuches,
Eleva mi voz llorosa,
Pues que vives bajo hermosa
Estrella de bendicion.

No, que fuera imperdonable
Nublar tu límpida frente.
Y el labio siempre riente
De pena hacerte fruncir;
Ya que por tu dicha ignoras
Cuanto en el mundo sufrimos
Los que jamás el sol vimos
De la ventura lucir.

Tú vives en rico puesto
De placer y de esperanza
Y tu vista solo alcanza
De glorias inmenso mar.

Por eso exponer no quiero
Con claridad á tus ojos
Los mil punzantes abrojos,
Que á mi paso hube de hallar.

Mas puedo por mi desdicha
Ir previniendo tu alma,
Y esa venturosa calma
Asegurarte mejor;
Que aunque mis ojos no han visto
Siquiera los veinte abriles,
Conozco las sendas miles
Que conducen al dolor.

Sendas que en óptica falsa
Vemos sembradas de rosas
Y de azucenas hermosas
De perfume celestial:
Y allá en su término vemos
Alzarse un rico palacio
De nácar y de topacio
Y trasparente cristal.

¡Ay de los que en esta senda
Fijen su planta ignorantes!
Espinás duras, punzantes
Por flores encontrarán:
Y al querer en tal camino
Retroceder espantados,
Por un vértigo impulsados,
Hasta su fin correrán.

Y en vez de un rico palacio
Ruinas verán y asperezas,
Y enmarañadas malezas
Y laberinto sin fin:
Y trocarse en horizonte

De nubarrones oscuros
Verán los bellos y puros
Celajes de oro y carmin.

Mas ya parece que escucho
Tu voz que pregunta ansiosa,
A esta senda peligrosa
Qué pasión te arrastrará;
¡Ay mi querida! en el mundo
Toda pasión es temible,
Mas á tu alma sensible
Solo amor la encantará.

Amor que engañoso ofrece
Todo un cielo de ventura:
De ángel bello en la figura
Inspira grata ilusión:
Y muestra en brillante copa
Dulce néctar delicioso,
Que es tósigo ponzoñoso,
Con que abraza al corazón.

Pide albergue débil niño,
Déspota luego y tirano
Oprime con férrea mano
A el alma que le acogió;
Inquietud, celos violentos,
Tristeza y dolor cumplido
Es lo que dá el fementido
Por las glorias que ofreció.

Tal vez ¡ay! tus amadores
Maldecirán mi poesía
Temiendo, querida mia,
Verte insensible á su amor;
Mas sabe en cambio que dicen
Existe un amor dichoso,

Que agota en blando reposo
El manantial del dolor.

—
Que en dulcísimo embeleso,
En delicias prolongadas
Deja las llagas curadas
Del herido corazón;
Mas ¡ay! yo que no he sentido
Del amor mas que el tormento
Esplico este sentimiento
Con dolorosa expresión.

—
Yo siempre ví en los amantes
Celos violentos, horribles,
Yo ví en sus almas sensibles
Un afán desgarrador:
Que aun siendo correspondido,
El amor exagerado,
Es un tormento extremado,
Es un acerbo dolor.

—
Goza en buen hora las dichas
De ese amor dulce, apacible,
Mas evita lo posible
Que absorva todo tu ser:
Evita, si ver no quieres
Tu ventura hecha pedazos,
Que la pasión con sus lazos
Su esclava te llegue á hacer.

—
Pues que alevé y despiadada,
En tanto dure tu vida
Una dolorosa herida
En tu pecho dejará:
Que al dulce canto en que expresa
El ruiseñor sus amores,

A el ambiente de las flores
Sin cesar ¡ay! se abrirá.

Ten, cara amiga, tu amante
A tu voluntad sujeto,
Y jamás ni aun en secreto
Le manifestes pasión:
Teu presente este consejo;
Que el hombre, viéndose amado,
Tiene su placer cifrado
En partir el corazón.

Yo siempre vi en los amantes
Cielos violentos, horribles,
Yo vi en sus miradas
Un sin descansar
Que una vida correspondida,
El amor exagerado,
Es un tormento extremado,
Es un acedo dolor.

Goza en buen hora las dichas
De ese amor dulce, agradable,
Mas evita lo horrible
Que absorve toda la vida,
Evita, si veyas quistes
Tu ventura hecha pedaxos,
Que la pasión con sus laxos
Se cambia en fuego a hacer.

Pues que afeve y despidada,
En tanto dure tu vida
Una dolerosa herida
En tu pecho dejark
Que si dulce canto en que expresa
El trisuelo sus amores,

FANTASÍA.

Cruzó mi mente el anchuroso espacio,
Y del Parnaso en la dorada cumbre
Vi un bello, colosal, rico palacio
Entre fulgores de celeste lumbre.
De brillantes, de nácar y topacio
Eran su pavimento y su techumbre,
De oro y zafros su pared labrada,
Con soberbios trofeos decorada.

Allí plegado de la noche el manto
Brillaba claro permanente día
Y en mar inmenso de placer y encanto
El alma con afán se sumergía.
Alados genios con meliflúo canto
Entonaban loores á porfía
A los ilustres hombres, que la fama
Reyes de ingenio y de saber proclama.

Allí se alzaban tronos primorosos
Bajo áureos brillantísimos doseles,

Do se mezclaban ramos aromosos
Con las frescas guirnaldas de laureles:
Y en ellos se ostentaban majestosos
Ancianos y mujeres y donceles,
Con cuyos nombres órnase la historia,
Que acata reverente su memoria.

Y en un trono mas alto y rutilante
Ví á la Gloria, deidad noble y altiva,
De triunfos y placer la faz radiante,
La mirada luciente y expresiva;
Con el cabello suelto y ondulante,
Y ceñida la sien de siempreviva,
Del verde *lauro*, que á sus piés nacia,
A sus hijos coronas repartia.

Y en torno suyo el cisne mantuano,
Homero el de la trova peregrina,
Safo, de amor tesoro soberano,
Píndaro, Anacreon, Tasso y Corina;
Y otros del pueblo griego y del romano
Vertiendo luz, inspiracion divina,
Entre nubes de incienso se envolvian,
Y de vapor formados parecian.

Con vision tan magnífica y galana
Gozaba el alma de entusiasmo llena,
Cuando á mi se acercaron Santillana,
Garcilazo, Fray Luis, Herrera, Mena,
Cervantes, Calderon, Lope, Quintana,
Y con sonora voz dulce y serena
Estas mismas palabras me dijeron,
Que los ecos del templo repitieron.

«¿Sabes por qué guirnaldas ostentamos,
E incienso de los siglos recibimos?»

Porque las bellas letras levantamos,
Y lustre y esplendor á España dimos;
Por ello nuestro nombre eternizamos,
En mármoles y bronces lo ésculpimos,
Rastro de luz dejó nuestra memoria,
Trono en su templo nos alzó la Gloria.

Y dí mujer ¿qué falta á los de España
Para ser sublimados escritores?
De oro es el sol que sus llanuras baña,
Musas y genios son sus protectores:
Cada campo recuerda alguna hazaña,
Cada morisca torre unos amores,
Su tierra es un Edem, y sus doncellas
Tórtolas en su amor, cielo en lo bellas.

Pues que todos cultiven su talento;
Y el que sienta brotar brillante idea,
Vida y forma le de á su pensamiento,
Y útil su pluma á sus hermanos sea:
Y no caiga jamás en desaliento
Aunque trabajos arduos entrevea;
Que al que coje las rosas purpurinas
Antes le han de punzar miles de espinas.»

Esto escuché de la falanje hermosa,
No se si en realidad ó en sueños era,
Pero yo os lo refero presurosa
A vosotros los hijos de Antequera,
Do entre flores la cuna de Espinosa
A el hálito del genio se meciera,
Do nació la sin par Cristobalina
Cuyo sentido *canto* me fascina.

Y os exhorto á mi vez, que si en la mente
Sentís de inspiracion la dulce llama,
Que cual ligera nube refulgente

Del trono del Eterno se derrama,
No dejéis que se apague inútilmente
La sacra luz que el pensamiento inflama:
Campo al talento dad y en rauda vuelo
Verted ilustración en nuestro suelo.

Y el mejor que halla a los de España
Para ser el primero en el mundo,
De esto es el que sus hermanos halla
Musa y genio con sus profetas;
Cada campo recorra en su jornada
Cada morada con sus amores,
Su tierra es un Eden, y sus doctores
Tortolita en su amor, ciego en la bella.

Pues que todos cultiven su talento,
Y el que elige libre brillante idea,
Vida y forma le dé a su pensamiento,
Y déle su pluma a sus hermanas;
Y no caiga jamás en desaliento,
Aunque tropezó con sus errores;
Que si que vea las rosas purpúreas
Antes que han de poner a ellas de espaldas.

Esto escuché de la falange hermosa,
No sé si en verdad ó en sueños oír,
Pero yo os lo repetiré presuroso,
A vosotros los hijos de Antequera,
De entre los que en el mundo de España
A el balido del ceruo se meceste,
Do nació la sin par Cristóbal,
Cuyo sentido canto me fascina.

Y os exhorto á mi vez, que si en la mente
Sentís de inspiración la dulce llama,
Que cual ligera nube resplandeciente

HIMNO
A LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO.

—
CORO.
—
Hoy dilatados
Los corazones
Dulces canciones
Han de entonar:
Alcemos todos
Canto amoroso
Al sol hermoso,
Que va á brillar.

—
En tinieblas el mundo gemia
Bajo el yugo feroz del infierno,
Cuando ya compasivo el Eterno
Luz divina del cielo envió.
Y esta luz, que volvió al universo
Libertad, esperanza, alegría,

Es el Hijo de Dios y María
Que en humilde pesebre nació.

—
CORO.

Hoy dilatados, etc.

—
¡Oh dichosos, dichosos pastores,
Que en Betlen adorásteis al niño,
Y pudísteis con tierno cariño
Su brevisima planta besar!
Con los ojos del alma nosotros
Admiramos tambien su hermosura,
Y la de esa doncella tan pura
Que en su seno le pudo llevar.

—
CORO.

Hoy dilatados, etc.

—
¡Ah miradle! mas bello es su rostro
Que apacible y serena alborada,
Mas graciosa es su boca rosada
Que las flores del próspero Abril;
Y mas brillan sus ojos divinos
Que el lucero del alba esplendente:
Y mas blanca, mas pura es su frente
Que azucena entreabierta y gentil.

—
CORO.

Hoy dilatados, etc.

—
Y mirad á la Virgen María
Mas hermosa que el sol rutilante,
De ventura y de amor palpitante
Dulces gotas de llanto verter:
Todos gozan: tan solo el infierno

Lanza ahullidos de horrible agonía;
Que en el cielo y la tierra este día
Suenan cantos de inmenso placer.

EL CORAZÓN HERIDO.

CORO.

Hoy dilatados, etc.

Bendito el nombre que dióme el cielo
Para salvar mi alma y mi quebranto;
Bendito el que sacóme del desierto,
Bendito el mi doloroso llanto.
Cuando el que me sacóme ardiente anhelo
Pido alivio al Señor tres veces santo,
Y mi ferviente ruego se desahoga,
Sangre de crisma el corazón herido.

Y esta sangre que antigua mi quijada
Y en cristianas gotas voy vertiendo,
Si, aparentando yo la calma tranquila,
En el alma la fuerza comprimiendo,
Si, al sentir el dolor que me angustia,
Fuera es mi pecho el llanto resquebrando,
¿No veis que ya se hubiera corrompido
El pobre corazón que tengo herido?

¡Ay! que es el mundo valle de amargura
En espaldas muy fértil y en arroyos,
Y es preciso regar su tierra dura
Con la lluvia perenne de los ojos;
No importa se marchite la hermosura
Y en el rostro se formen surcos rojos.

EL CORAZON HERIDO.

Bendito el manantial que dióme el cielo
Para aliviar mi pena y mi quebranto;
Bendito el que sociega mi desvelo,
Bendito sí mi doloroso llanto.
Cuando al que me consume ardiente anhelo
Pido alivio al Señor tres veces santo,
Y mi ferviente ruego es desoido,
Sangre derrama el *corazon herido*.

Y esta sangre que aniega mi pupila,
Y en cristalinas gotas voy vertiendo,
Si, aparentando yo dicha tranquila,
En el alma la fuera comprimiendo,
Si, al sufrir el dolor que me aniquila.
Fuera en mi pecho el llanto recayendo,
¿Nó veis que ya se hubiera corrompido
El pobre *corazon* que tengo *herido*?

¡Ay! que es el mundo valle de amargura
En espinas muy fértil y en abrojos,
Y es preciso regar su tierra dura
Con la lluvia perenne de los ojos:
No importa se marchite la hermosura
Y en el rostro se formen surcos rojos,

Tan amargo tributo ya es sabido
Que ha de pagar el *corazon herido*.

Corazones sin fé, de bronce helado,
Dejadme que lamente mis pesares;
Si os molesta mi acento lastimado
Los oidos cerrad á mis cantares.
Un inmenso vacio me han dejado
En el alma desgracias á millares,
Y por eso con lloro repetido
Se queja el *corazon que tengo herido*.

¿Por qué cuando mirais la triste huella
De lágrimas impresa en mi semblante,
En vez de compasion á mi querella,
El sarcasmo le dais mas insultante?
¿Ignorais tan contraria fué mi estrella
Desde mi nacimiento en el instante,
Que siempre sin cesar ¡ay! me ha vertido
Sangre copiosa el *corazon herido*.

¡Oh dichosos vosotros que gozáis
De calma permanente, inalterable,
Y en el amargo cáliz no gustais
La cicuta de pena irremediable:
Y jamás con violencia os agitais
Por la fiebre de amor lenta, incurable,
Que obligándole á dar fuerte latido,
Deja de muerte el *corazon herido*.

Mas no os envidio no: si el sufrimiento
No os deja conocer su cruda saña,
Si el llanto abrasador del sentimiento
De nuestros ojos el fulgor no empaña,
Tampoco habeis gozado ni un momento
De una dicha dulcísima, que, estraña

Para vosotros, Dios ha concedido
A aquel que tiene el *corazon herido*.

Mucho sufro, mas ¡ha! mucho he gozado,
Y, aunque mi dicha fué breves instantes,
A veces sus recuerdos han templado
Del alma los dolores penetrantes.
Ya se que de pesar grande, extremado
Serán mis emociones palpitantes,
Pero helado reposo nunca pido,
Por mas pue sienta el *corazon herido*.

Decidme ¿no es verdad que mas dichosa
En el cielo será el alma sensible?
Si estuvo en el desierto pesarosa
En su patria el placer será indecible:
Y encontrará mas tierna y amorosa
A la que de un dolor, cual no es posible
Que lo pueda sentir otro nacido,
Tambien ¡ay! tuvo el *corazon herido*.

Yo no maldigo nunca mi quebranto,
Que á veces, padeciendo gran tortura,
El Dios, que ve correr mi amargo llanto,
Me hizo entrever un cielo de ventura:
Yo corro dél en pos; no hallo su encanto
Porque, sujeta en su prision oscura,
Mi alma libre volar aun no ha podido,
Por lo que tengo el *corazon herido*.

Quiero mucho gozar, vivir de amores,
Y sé lo he de alcanzar, aunque ahora lloro,
Que entre la decepcion y los dolores
Guardo de pura fé rico tesoro:
Quiero un mundo de luz y de colores,
Donde todos adoren cual yo adoro,

Donde jamás se escuche ni un gemido,
Y nadie tenga el *corazon herido*.

El ansia de gozar, que me devora,
El amor á lo bello, que me agita,
El entusiasmo que en mi mente mora,
A cuyo impulso el corazon palpita,
Dios habrá de saciar; por eso ahora,
Aunque tanto sufrir mi faz marchita,
Siempre sensible ser al cielo pido.
Por mas que sienta el *corazon herido*.

LA VANIDAD Y LA RAZÓN.

—Soy jóven y feliz; soy tan hermosa
Que mi espaciosa frente es de jazmin,
Y mis tersas mejillas son de rosa,
Y mi pequeña boca es de carmin.

De mis dormidos ojos la pupila
Vierte lumbre de vívido fulgor,
Que aun los helados pechos aniquila
Con el voraz incencio del amor.

Del arco de mis cejas delicado,
Que á las gracias pluguiera dibujar,
Se sirve cuando quiere el dios alado
Sus mas certeras flechas disparar.

Soy reina de hermosura, y á mi planta
Los galanes humillan su altivez;
Y mi dulce sonrisa les encanta,
Como llorar les hace mi esquivez.

Y arrojan á mis piés ramos fragantes,
Conque mi bella sien puedo ceñir:
Y las mas ricas joyas de brillantes,
Opalos, esmeraldas y zafir.

¿Qué le puede faltar á mi ventura?
Joyas, flores y amor tengo á mis piés,
Y mas triunfos consigue mi hermosura
Que granos tiene sazónada mies.—

—
Asi esclamaba una mujer ufana:
Y otra que la escuchara delirar,
Queriéndola mostrar su gloria vana
Discreta la comienza á replicar.

—Frescas flores, realzando tu belleza,
A tus sienes le dan fragante olor;
Mas ¿te adorna la flor de la pureza?
¿Aspiras su perfume en tu redor?

—
Dominas sobre tiernos corazones
Que rinde caprichosa tu beldad;
Mas ¿imperas tambien en tus pasiones?
¿Las humilla á tus piés tu voluntad?

—
Ya que estás satisfecha y orgullosa
Con tus joyas, belleza y juventud,
¿El alma cual la faz tienes hermosa?
¿Es tu joya mas rica la virtud?

—
Contesta de una vez y alza la frente,
Si la puedes sin mancha levantar!
¿Tienes virtud?—¡Ah! no...—¡Pobré demente!
Pues sin virtud ¿de qué te has de gloriar?

—48—
¿Qué le puedo dar en mi ventura?
Joya, flores y amor tengo á mis pies,
Y mas tristes consigo mi hermanuras
Que granos tiene segunda misa.

LA VIRTUD.

—Fracasas flores, cuando tu belleza
A tus sienes lo dan fragante olor;
Soy la verdad, el bien y la hermosura:
El ángel bello que conduce al hombre
A la cética altura,
Donde bordan mi nombre.
En campo de zafiros y de plata,
Soles brillantes, cuyas luces bellas,
Do la suma belleza se retrata,
Eclipsan el fulgor de las estrellas.
Yo soy la luz, que el horizonte dora,
Disipando las nubes de tristeza:
La que presenta plácida y afable
La muerte aterradora,
Dando á su triste y pálida figura
Suavidad y hermosura:
La que al hombre pequeño y deleznable
Alza de la comun naturaleza,
Elevando su ser á gracia tanta
Que es el mundo escabel bajo su planta:
La que en guerra cruel postra al averno
Que domado por mí siente su brio,
Y, al confesar mi inmenso poderio,
Hija excelsa me llama del Eterno.
Yo soy la brisa leda y cariñosa,
Que de la vida en el inmenso lago,
Cuando es puro cristal, las aguas riza:
Soy la que al porvenir informe y vago

Da contornos suaves, que matiza
Con el nácar la rosa,
Brillando con la luz de la esperanza;
La que rigores de la adversa suerte
Sufre con pecho diamantino y fuerte,
Divisando la luz de bienandanza,
Que en mi plácida faz socioego imprime:
Yo soy aquel espíritu sublime,
Que palpité en los santos:
La venturosa calma me rodea:
Cuanto mi mano toca se hermosea
Y hasta al mismo dolor préstole encantos.

 Mi brazo prepotente,
La borrasca cruel de las pasiones,
Que el pecho abrasan cual volcan hirviente,
Rugiendo cual carnívoros leones,
Enfrena y su furor convierte en calma;
Haciendo que rendidas,
A sus plantas dormidas,
De alfombra en su esplendor sirvan al alma.

 Cuando en la cuna de los siglos era
Del hombre libre, fuerte y poderoso,
La plácida morada
Un vergel de incesante primavera,
Era en trono de luz yo venerada.

 El hombre venturoso
Me exaltaba, y mi voz dócil oía,
A mi sombra tranquilo descansando,
En su mano ostentando
La verde palma, que le dió la mia.

 Pero el abismo abrió su negra boca,
Arrojándo á la tierra
Espíritu infernal, que á cruda guerra
Al mismo Dios provoca,
En su furor jurando con audacia,
Si no le fuere dado esterminarme,
Al polvo rebajarme

Al despojar al hombre de la gracia.

Quise al hombre escudar y que conmigo
Alianza formase, mas en vano,
Porque en delirio insano
Incauto la formó con su enemigo:
Quedando esclavo luego
De aquel maligno ser que le engañara,
Desatinado y ciego
Del negro error se abandonó en los brazos;
La palma que le di tiró marchita,
Mi trono hizo pedazos,
Y al polvo me arrojó pobre y proscrita.

Desde entonces el mundo, obedeciendo
A el infernal espíritu que engaña,
Con implacable saña
Persígueme cruel, y por do quiera,
Mi nombre deprimiendo,
Va sembrando de espinas mi carrera.
Mi apetecida muerte
No pudiendo lograr, porque mi escudo
No es materia, que al fin aun la mas fuerte
Sucumbe al golpe rudo,
Quiere de lodo salpicar mi manto.
Por mas que enjugo el llanto
De la raza de Adan traidora, ingrata,
A el que se acoje á mí hiere y maltrata,
Y de crueles sarcasmos le circunda:
Que apenas fué la humanidad caída,
Persiguiéndome fiero un fraticida,
Con la sangre purísima se inunda.

Mas para ser dichosa
No he menester que el mundo me enaltezca,
Ni que mi frente hermosa,
Cual azucena blanca y sin mancilla,
Ostente su laurel, ni resplandezca
Con la luz de su amor, que es semejante
Al relámpago rápido que brilla

Un momento no mas centelleante,
Porque muestren sus pálidos fulgores
De tenebrosa noche los horrores.

Yo, cercada de mil persecuciones,
En silencio levanto mis pendones,
Que el bueno y sabio sigue:
Y es tanto mi poder y mi belleza,
Que el que mas me persigue,
El que sarcasmos mil lanza á mi nombre,
Porque el mundo se asombre,
Al mirarme descubre su cabeza.

Yo gozo con el bien que en torno vierten
Mis manos á raudales,
Cuando en rosas convierten
Para el hombre los ásperos abrojos:
Cuando el fiero egoismo y los enojos
Conque la sociedad se despedaza
Truecan en caridad, fuente de amores,
Que á los hombres con lazos de mil flores
Cual hermanos carísimos enlaza.

Yo diviso horizontes luminosos
De límpido color é ilimitados
Que del mundo jamás son admirados:
Me nutro con el fuego
De los amores santos, venturosos:
Yo hallo paz y sociego
En medio del horror de la pelea,
Que me cerca do quier, y aunque me vea
El mundo entero bajo oscuro prisma,
Sin que oropel me dé gala pomposa,
Soy siempre venturosa;
Que semejante á Dios basto á mi misma.

Mortal mezquino, que en el mundo encierra
Su aspiracion ardiente
Y un mundo de ilusion ve ante sus ojos,
Que glacial realidad trueca en despojos,
No puede comprender que acá en la tierra.

Mi aspiracion no cabe:
Ni el que aspira al laurel de gloria vana
En su ignorancia sabe
El que mis nobles sienes engalana.
Que si lauros me niega
El inclemente suelo,
Que el mísero mortal con llanto riega:
Y si mi prez el hombre no pregona,
Angeles mil publicanla en el cielo,
Donde tengo de gloria una corona.

A ADELA.

Para siempre, amiga mia,
Te ausentaste de mi lado:
Ya mi pecho lacerado
Consuelo en tí no hallará:
Ya tu mano cariñosa,
Compasiva y sin enojos
Los raudales de mis ojos
Nunca mas enjugará.

¡Ay! ya no conversaremos
Con las manos enlazadas
De las verdades sagradas
De la santa Religion:
Ni yo podré repetirte
Fija la vista en el cielo,
Que ella y tú sois el consuelo
De mi pobre corazon.

¡Ay! ¿por qué sola me dejas
Cuando mas te necesito?
¿Cuando un piélagó infinito
De angustias me va á inundar?
¿En qué seno compasivo,
Si me abruma la tristeza,

Podré apoyar la cabeza
Y tristes ayes lanzar?

La amistad dulce y sincera,
Que nuestras almas unia,
En breve, querida mia,
Se que tú la romperás;
Que aunque por buena y constante
No merezcas mi querella,
En esa tierra tan bella
¡Ay! de mí te olvidarás.

Objetos nuevos y hermosos
Alucinarán tu mente,
De ella borrando á la *ausente*
Que solo sabe gemir,
Y en verdad no es halagüeño,
Gozando nuevos placeres,
Con agenos padecer
El corazon afligir.

Pero es injusta mi queja:
No es posible que me olvides,
No es posible que descuides
La flor de nuestra amistad:
Flor deliciosa y fragante,
Que, nacida en el quebranto,
Del corazon es encanto,
De la vida es la mitad.

Fué por suspiros mecida,
Fué con lágrimas regada,
Mas del alma lacerada
Es el remedio eficaz;
Que es un bálsamo tan dulce
El que su cáliz destila,

Que deja al alma tranquila
Haciendo el dolor fugaz.

Dispuso piadoso el cielo,
Que la lluvia de los ojos,
En vez de rudos abrojos,
Nos produjese esta flor:
Y así fuera imperdonable
El marchitar sus primores,
Pues su aroma y sus colores
Son del cielo gran favor.

Aun ausentes nuestras almas
Las uniré estrecho lazo,
Y yo podré en tu regazo
Ir libremente á llorar:
Y atravesando el espacio
Cuando me abrume la pena
Te iré, de esperanza llena,
Mi consuelo á demandar.

Si alguna vez, por acaso,
Feliz soy por un instante,
Tambien de gozo radiante
Mis dichas te iré á decir:
Y sé que tus bellos ojos
Lucirán con nuevo brillo,
Y un placer dulce y sencillo
Hará tu pecho latir.

Oye siempre cuidadosa
A la matutina brisa,
Que un suspiro, una sonrisa
Yo con ella te enviaré:
Y á tan dulce mensajera
Con amoroso embeleso

Denle tus labios un beso,
Que yo lo recibiré.

Si, al sentir las auras leves,
Tu alma de pena se oprime,
Es ¡ay! que mi pecho gime
Bajo un agudo pesar;
Si por el contrario gozas
Una dicha dulce y pura,
Es que Dios ya la ventura
Me deja libre gozar.

Ruega al cielo de contino
Fortalezca nuestras almas,
Para las eternas palmas
Allá en el cielo ceñir:
Si unidas *allí* besamos
De Jehová la sacra planta,
Nuestra amistad pura y santa
Jamás podrá concluir.

AMOR DIVINO.

A tí, Señor, con fervoroso anhelo
Sedienta de tu amor lánzase el alma:
A tí, Señor, que desde el alto cielo
Sobre el triste derramas dulce calma:
De tí demando plácido consuelo
Y de heróica virtud la honrosa palma,
Que tú puedes llenar, sí, tú, Dios mio,
Mi pobre corazon que está vacío.

¡Ay perdóname! ciega y miserable
En la tierra busqué veces sin cuento
Objeto que llenara el insondable
Hueco anchuroso, que en el alma sientio.
Y alcé sobre la arena deleznable
Altos palacios que barriera el viento,
Y mundos nuevos de belleza suma
Que deshechos quedaron cual la espuma.

Buscando amor, á veces elevaba
Objetos á mi vista peregrinos,
Y mi exaltada mente les colmaba
De atributos celestes y divinos.
Idólatra en sus aras me postraba,
Mas ellos, que eran débiles, mezquinos,

El prestado oropel no sostenian,
Y desnudos al fin aparecian.

Entonces por momentos me abatia,
Mas otro objeto engalanaba luego
Y el pobre corazon tras él corria
Con entusiasmo igual, con igual fuego;
Severa la conciencia le decia,
¿Dó te vas á estrellar perdido y ciego?
¿Nó ves que en ese amor hallas tristura?
Adora en el *Criador*, no en la criatura.

Empero no bastaba por mi daño,
Para templar mi fuego y mi demencia,
Ni el hielo del amargo desengaño,
Ni la prudente voz de la conciencia.
Y siempre sumergida en el engaño
Amaba cada vez con mas vehemencia
A torpes séres, que mi amor pagaban
Con sarcasmo cruel, que me lanzaban.

Alguna vez en sueños yo veia
Una aurora de amor bella y luciente,
Y el universo entero ya creia
Trocado en paraiso de repente;
Mas la fortuna con su mano impia
Del sueño me arrancaba bruscamente:
Entonce hallaba el mundo árido y seco,
Y el triste corazon cual antes hueco.

¡Extraña necedad! ¡vivir llorando,
Por buscar en el mundo una quimera!
¡El cáliz de amargura ir apurando
Por de néctar beber gota ligera,
Cuando en arrullo delicioso, blando,
Dios me brindaba dicha verdadera,

Y el imperfecto goce de un momento
Un año me costaba de tormento!

—
Por eso de luchar yo fatigada
Dije vertiendo doloroso llanto;
Yo quiero mucho amar y ser amada
No con mundano amor, con amor santo:
¿En donde podré hallar ¡desventurada!
Ese celeste, divinal encanto?
Y al ciego corazón dijo mi mente:
Ama solo á tu Dios omnipotente.

—
Y aquí me tienes ya, Dios amoroso,
A tus plantas postrada con fé pura:
Muéstrame pues tu rostro bondadoso,
Y muera yo anegada en tu dulzura.
Aunque bebiera en cáliz ponzoñoso
Brotó el alma torrentes de ternura,
Que tuyos son: y tuyos ¡gloria mia!
Mi amor, mi inspiración y mi poesía.

UN RECUERDO À GRANADA.

Ciudad de las mil torres, hermosa y hechicera,
Mis ojos ya no pueden tus gracias contemplar:
En tí pasó mi infancia tranquila y placentera,
Lejos de tí se arrastra mi vida en el pesar.

En tí las flores tienen fragancia mas suave,
Las aguas mas gracioso murmurio arrullador,
En tí mas dulces cantos feliz entona el ave,
Y en tí los astros lucen mas vívido fulgor.

En tí son las mujeres mas tiernas y amorosas
Y aspiran en tu ambiente divina inspiracion,
Porque tu hermoso suelo de lirios y de rosas
Compendia las bellezas de toda la creacion.

¿Por qué Granada hermosa de tí me hallo tan lejos?
¿Por qué admirar no puedo tu cielo de zafir?
¿Por qué en los de tus fuentes clarísimos espejos
No miro las estrellas fulgentes relucir?

Tú eres el dulce alivio de las agudas penas,
Y tu fragante brisa alienta al muerto ser,
Que á orillas de tus rios de auríferas arenas
Los céfiros se llevan del alma el padecer.

¿Por qué no he de buscarte, para alcanzar consuelo,
A este dolor, que agosta mi tierna juventud?
¿Por qué bajo tus sauces y tu brillante cielo
No alzar meliflúo canto al son de mi laud?

—
¡Ay Dios! la vez postrera, que en tí fijé la planta,
El pecho me oprimia la garra del pesar,
Porque los lazos rotos de la afeccion mas santa
Los contemplé alejada de mi paterno hogar.

—
Mas tú me devolviste la suspirada calma,
Haciendo que mi pecho cesase de gemir:
Y dulces impresiones gozó de nuevo el alma,
Y ya volvió mi labio tranquilo á sonreír.

—
¿Y cómo no hallar dicha en tí, reina de amores,
Que ornas con rojo mirto la majestuosa sien?
¿Y cómo contemplando tus galas y primores
No hallar sobre la tierra anticipado Edem?

—
Solo en Granada bella yo he sido venturosa,
Solo para Granada el cielo me formó:
Porque ella me hechizaba con magia deliciosa,
Y de perfectos goces profusa me colmó.

—
Hoy sufro, porque ansío placer puro y divino,
Y cuando mas consigo fugaz breve ilusion:
Y es ¡ay! que, recordando su encanto peregrino,
Ningun placer consigue saciar mi corazón.

À LA ILUSION.

Yo te bendigo mil veces,
Clara y luminosa estrella,
Hada vaporosa y bella
Que llamamos ilusion;
Porque benigna derramas
Un bálsamo en mis dolores,
Mi vida siembras de flores,
Y me das inspiracion.

El filósofo desprecia
Tu fantástica hermosura,
Mas yo busco la ventura
En tu mágico placer;
Que de filósofos sabios
No tengo las pretensiones,
Y en cambio tengo emociones
Y ternura de mujer.

La felicidad no existe
En este mundo proscrito;
Pero yo la necesito,
Y en tí la quiero encontrar;
Déjame, pues, que penetre
En tu risueño palacio,

Que yo miro en el espacio
Entre celajes flotar.

Bríndame amistad sincera,
Y un corazón tierno, amante,
Cual mi corazón, constante,
Sencillo, sincero y fiel.
Bríndame el trono anhelado,
Que al sol con su brillo afrenta,
En donde el *genio* se asienta
Con laureles por dosel.

Y ¿qué importa, si me ofreces
Amistad, amor y gloria,
Que de mi dicha ilusoria
Se burle la sociedad,
Si tú cual blando rocío,
Refrescas grata mi mente
Y como hierro candente
La quema la realidad?

Las heridas que me abrieron
Mil espinas venenosas,
En blando lecho de rosas
Benigna las curarás;
Y en el alma, que inundaron
De sombra fieros dolores,
Vida, inspiración, colores,
Con tu luz derramarás.

Ilusión, hazme dichosa,
A pesar de la fortuna,
Que hiriome, estando en la cuna,
Y aun me persigue tenaz,
Enjugando compasiva
Con tu matizado manto

La lluvia de amargo llanto,
Que baña siempre mi faz.

Y si es que piensas dejarme,
Cuando mi rostro surcado
Manifieste que he llegado
A la enojosa vejez,
De tu ventura en el foco
Hazme morir consumida;
Mas no me dejes la vida,
Para llorar tu esquivez.

À TRES AMIGOS.

Sin justicia, amigos míos,
De vuestra suerte os quejais,
Porque las dichas dejais
Antes que os puedan faltar:
Cuando amable la fortuna,
Por evitaros el lloro,
En copa esmaltada en oro
Otras os viene á brindar.

¿Qué le importa al pajarillo
Dejar hoy un prado ameno,
Si otro de primores lleno
Va mañana á recorrer?
¿Qué importa á la mariposa
Ver morir algunas flores,
Si otras mil de mil colores
Con el alba han de nacer?

¿Qué os puede importar, amigos,
Dejar tierras deliciosas,
Donde viertan las hermosas
Tristes lágrimas de amor,

Si en la nave del olvido
Cuando bogueis lejos de ellas,
Nó escuchareis sus querellas,
Ni sus ayes de dolor?

Puede ser que algunas veces
Una lágrima sencilla
Ruede por vuestra mejilla,
Algun objeto al perder;
Mas no por esto llameis
Vuestro destino inhumano,
Que tambien suele en verano
Fugaces nubes haber.

Mas así como estas pasan,
Refrescando nuestro suelo,
Amigos, el desconsuelo,
Que es en vosotros fugaz,
No causa el menor estrago;
Y aun cuando brota del alma
El llanto os vuelve la calma
Y refresca vuestra faz.

Si alguna dicha durase
Como la existencia dura,
Y solo en la sepultura
Se viniese á concluir,
Entonces comprenderia
Que, donde amable el destino
Os dió goce peregrino,
Quisierais siempre vivir.

Mas ¡ay! si las glorias pasan
Cual brillante meteoro,
Y solo nos dejan lloro
De tristeza en derredor,

¿Por qué no dejar los sitios
Dónde otras veces gozamos,
Cuando en ellos apuramos
Cáliz de inmenso dolor?

¡Cuán triste es vivir gimiendo
Donde las dichas pasaron,
Y sus huellas nos dejaron
Indelebles por do quier;
Y ver los mudos testigos
De felicidad perdida,
Cuando el corazón no anida
Esperanza de placer!

¿Para qué quiere el barquero
Permanecer en la orilla,
Do su frágil navecilla
Destrozó la tempestad?
¿Qué espera el triste, vertiendo
Todo el llanto de sus ojos,
Sino aumentar sus enojos
Y redoblar su ansiedad?

¡Oh! si á mí me fuese dado,
Abandonara este suelo,
Do aumentan mi desconsuelo
Recuerdos de la niñez:
Y no viendo estos países
Donde pisé bellas flores,
Mis acendrados dolores
Se disiparan tal vez.

Entonces, cual golondrina
Que por los aires viagera
Incesante primavera
Veloce corre á gozar,
Cuando en un punto no hallara

El primaveral ambiente,
Tras la esperanza riente
Fuera otro punto á buscar.

—
Y mil paisajes cruzando
Sin pena atrás los dejara,
Hasta que al cabo llegara
Al mundo de mi ilusion:
Mundo de luz y colores,
De dicha inmensa, infinita,
Que no encuentra... y necesita
Encontrar mi corazon.

Eres el ángel que desciende al suelo
Desde el trono de Dios, dulce esperanza.

Y cual deshace el sol la niebla oscura
Con su fulgente abrasadora llama,
Se deshace la negra desventura
Cuando tu luz divina se derrama.

¡Ah! venturoso el ser que te acaricia,
Y enlazando sus brazos á tu cuello,
Un porvenir de paz ve con delicia
De tu clara mirada en el destello.

Y desdichado el hombre que si prueba
De la hiel del pesar alguna gota
Henchido de furor en tí se ceba
Y te arroja de sí en pedazos rota.

¿Cómo existir un ser, como Dios mio,
Sin que el pecho palpite de esperanza?
Empedernido el corazon y frio
Solo hallará tiniebla en lontananza.

¡Oh que felicidad! hasta las heces
La copa del dolor he consumido:
Rasgaron ¡ay! mi corazon mil veces,
Mas la dulce esperanza no he perdido.

No hallo en la tierra ya su galanura,
Pero en el alto cielo la diviso,
Y embriagarme de célica ventura
Ella me ofrece allá en el paraiso.

Allí perpetuo refulgente dia,
Trono de nubes, de zafir y oro,

Elocuente, suavísima poesía,
Cántico arrobador, dulce, sonoro,

—
Corona de laurel inmarcesible,
Que entusiasmo dulcísimo me inspira,
Lazos de amor divino y apacible
¡Ay! por el cual mi corazón suspira,

—
Miro feliz al resplandor brillante
Del sol de mi esperanza bendecida,
Que me sostiene el alma vacilante
Y torrentes de luz vierte en mi vida.

—
Por eso no maldigo al hado impio,
Ni á mi ceñuda y áspera fortuna,
Aunque en abismo de dolor sombrío
Ví mis dichas hundirse una por una.

—
Que lisonjera suerte deliciosa,
Aunque abrojos no mas halle en el suelo,
Alcanza la criatura venturosa,
Que su esperanza la fijó en el cielo.

PLEGRIA
A LA VIRGEN MARIA.

¡Oh dulce madre mia,
Encanto de los cielos,
Estrella de consuelos,
Iman del corazon!
Enjuga compasiva
Con tu piadoso manto
La fuente de mi llanto;
De mí ten compasion.

Arrebató las flores
Que hubiera en mi camino
Un raudito torbellino:
No encuentro ya una flor:
Y solo me produce
La lluvia de mis ojos
Punzantes mil abrojos,
Que hieren con rigor.

Huyó mi gozo puro,
Mi cándida esperanza

Y el astro de bonanza
Que en mi horizonte ví:
Quedome el desaliento,
La calma triste y fría,
Tan jóven ¡Madre mia!
Envejecer así.

La inspiracion divina,
Que en éstasis profundo
Llevábame á otro mundo
Placeres á gozar,
No muestra ya su lumbre
De glorias y de amores,
Ni vienen sus fulgores
Mi mente á iluminar.

Yo que otras veces via
En mi exaltada mente
Un templo refulgente
Do alzábase el saber,
Y de sublimes genios
Las glorias entonaba,
Y al mundo convocaba
Laureles á obtener.

Yo que canté los hechos
De nobles campeones,
Las dulces emociones
Del maternal amor:
Yo que canté tu nombre,
Tu nombre mas suave
Que el cántico del ave
En el primer albor.

No siento ya entusiasmo,
Su fuego no me inspira,

Y en mi garganta espira
Exánime la voz,
¿Por qué el númen fecundo,
Emanacion del cielo,
Que fuera mi consuelo
Huyó de mí veloz?

Al fuego de una idea,
Sin dichas por rocío,
El pobre númen mio
Se agosta en el pesar;
Como la flor, que falta
De brisas y de riego
Marchita cae al fuego
Del sol canicular.

Mas, aunque desmayado,
Mi corazon suspira,
Y á un horizonte aspira
Donde la dicha ver:
Que dentro el pecho mio,
En tanto que el aliente,
Ha menester ambiente
De cándido placer.

Pues dame ¡oh Virgen pura!
Alzarme de este lodo,
Donde pequeño es todo
Lo que halla el corazon:
Mezquino, Madre mia,
Mezquino es cuanto miro,
Y á lo sublime aspiro:
Señora, inspiracion.

¡Oh! ya que no me es dado
Gozar mas que en la idea,

Haz que mi mente sea
De glorias manantial:
Vuelvan mis ilusiones,
Las que perdidas lloro,
Y el que era mi tesoro
Amor puro, ideal.

¿Cómo de flores bellas
Abril no vestiria?
¿Cómo en el medio dia
La luz no ha de brillar?
¿Cómo en el alma jóven
Las flores de esperanza,
La luz de bienandanza,
Señora, han de faltar?

Si es el amor la vida,
Y mi alma aquí extranjera
No encuentra compañera
A quien su amor rendir,
A el rayo de mi mente
Objeto mi amor vea,
Aunque preciso sea
Soñar para vivir.

Y el blanco peregrino
Sean ya de mis amores,
El agua, el sol, las flores,
La brisa y mi laud:
La luna pura y triste,
Cual son ¡ay! las memorias
De mis pasadas glorias,
El lauro y la virtud.

Pero ante todo sea
Tu amor, Virgen Maria,

Sosten del alma mia,
 De mi esperanza luz.
 Por él iluminada,
 Caminaré segura
 En esta senda oscura
 Con mi pesante cruz.

Y al ver, cual hojas secas,
 Volar mis ilusiones,
 Y en negros nubarrones
 Cerrarse el porvenir,
 Encontraré en tu seno
 Resignación y calma,
 Y así podré la palma
 De mártir conseguir.

Si es el amor la vida,
 Y mi alma aquí extranjero
 No encuentre consueño
 A quien su amor rendir,
 A el rayo de mi mente
 Objeto mi amor ven
 Aunque preciso sea
 Soñar para vivir
 Y el blanco peregrino
 Sean ya de mis amores,
 El agua, el sol, las flores,
 La brisa y mi lavu:
 La luna pura y triste,
 Cual son los las memorias
 De mis pasadas flores,
 El laurel y la virtud
 Pero ante todo sea
 Tu amor, Virgen Maria,

A ELOISA
IMPROVISACION

A UNÁ FLOR.

Orna las trenzas de mi amiga bella,
Flor, que embalsamas con tu aroma el viento:
En tí prenda de amor ha de ver ella
Que hará latir su seno de contento.
No envidies su hermosura, ni querella
Tengas del ámbar de su dulce aliento,
Que para embellecer nacen las flores
A la dulce beldad, que inspira amores.

Á ELOISA.

¡Me pides mi amiga bella
Versos de dulce armonía!
¿Ignoras la lira mía
Abandonada quedó?
¿Nó sabes el dolor fiero
Que llenó de hiel mi vida,
Con violenta sacudida
Sus pobres cuerdas rompió?

—
¡Ay! ni un concepto agradable,
Ni un pensamiento risueño,
Ni un dulce y gracioso sueño
Puede mi mente forjar:
Ni aun la profunda vehemencia
De mis pasados tormentos,
Ni aun mis tristes sentimientos
Hoy me es posible expresar.

—
En su naufragio mi alma
Nada salvó, mi Eloisa:
El renombre de poetisa,
Que la sociedad me dió,
En la lucha borrascosa
Con mi horrible desventura,

En piélago de amargura
Por siempre se sumergió.

¿Cómo cantar mi querida,
Si en el pecho lacerado
Ni un recuerdo me ha quedado
De lisonjera ilusion?
Y por bella recompensa
A mi amor tierno, profundo,
Hallé ¡infeliz! en el mundo
Espantosa decepcion.

¿Cómo cantar, si á mi alma
Causa el mundo árido hastío,
Y todo lo encuentro frio,
Falto de luz y color?
Si en el canto de las aves
No encuentro dulce armonía,
Ni brillo en el claro dia,
Ni perfumes en la flor?

Llora mi pecho perdida
La dulce fé que anidaba,
Ella era el sol que alumbraba,
Mi vida con pura luz;
Mas ¡ay! negro desengaño
Eclipsó este sol divino,
Y ya cubren mi destino
Las sombras con su capuz.

Yo soy el pájaro herido
Al tender ráudo mi vuelo:
Temo descender al suelo
Y en él la muerte encontrar:
Y cansada inútilmente
De batir mis rotas alas,

Hasta las etéreas salas
No me puedo remontar.

El mundo real me da espanto;
En él crecen á manojos
Hirientes duros abrojos,
Que destrozaron mi pié:
Hallé en él tantos engaños,
Tanta perfidia y codicia,
Que, execrando su malicia,
De el llorando me alejé.

Y á otra esfera de ilusiones
Me alce entusiasta y ferviente;
Mas hiriome de repente
La justicia del Señor:
Ella me dijo «es quimera
Cuanto anhelas con desvelo,
Mujer, tan solo en el cielo
Hay felicidad y amor.»

Y sin alcanzar sociogo
Vaga en los aires mi alma:
No alcanzo la eterna palma
De la virtud celestial,
Ni puedo alzarme hasta el trono
De la esplendente poesía,
Ni desciendo, amiga mia,
Al mundano lodazal.

Soy singular, Eloisa,
Es mi ser el sufrimiento
Y dentro del pecho siento
No me cabe el corazon;
Mas la voz ya alzar no puedo,
Para cantar mis dolores,

Que con las dichas y amores
¡Ay! huyó mi inspiracion.

—
La tortura de mi alma
Comprende, amiga querida,
La amarga hiel de la vida
Yo te quisiera endulzar:
Y ni un concepto agradable,
Ni un pensamiento risueño,
Ni un dulce y gracioso sueño
Puede mi mente forjar.

UNA MIRADA AL CIELO.

Remóntate alma mía: y, al ver el firmamento,
Que ostenta estrellas miles en campo de zafir,
Del mundo este que habitas sepárate un momento,
Y á la region celeste feliz podrás subir.

Allí el fragante aroma que exalan bellas flores,
De soles infinitos el rayo brillador,
De ardientes querubines los cánticos de amores
Te inundarán de gozo, divino, arrobador.

Verás ángeles bellos pulsar las arpas de oro,
Doncellas coronadas con ramos de azahar;
De mártires heróicos verás el almo coro
Laureles eternas y palmas ostentar.

Bajo dosel de estrellas de brillo refulgente,
Teniendo la alba luna por bello pedestal,
Verás una hermosura: la nácar es su frente,
La luz es su mirada, sus labios el coral.

De su odorante boca fragancia el ámbar toma
Y de su tersa frente los lirios el albor:

De sus afectos puros la tímida paloma
Retrata la inocencia y candoroso amor.

Las aves mas canoras si oyesen sus acentos,
Jamás imitarían tan dulce vibración,
Ni en esas melodías que sueltan á los vientos,
Cuando en el alba elevan suavísima canción.

Piadosa es cuanto bella, que siendo soberana
Del cielo y de la tierra nos brinda con su amor:
Y mira compasiva nuestra flaqueza humana,
Haciendo que deponga sus iras el *Señor*.

Y ofrece al peregrino doliente y fatigoso
Un valle florecido y fresco manantial,
Do encuentra el infelice dulcísimo reposo,
Su ardiente sed saciando con agua celestial.

¡Oh! Virgen bendecida, del cielo bello encanto
Tus gracias adorables yo quiero contemplar,
Y en tus preciosas plantas vertiendo dulce llanto
Yo quiero ¡Madre mia! mil besos estampar.

Yo te diré las penas que el alma me rasgaron
Y la estridente risa que mi entusiasmo heló:
Te mostraré las llagas que abiertas me dejaron
Espinas punzadoras que el mundo me clavó.

Mas ¡ay! que el alma mía pretende alzar su vuelo
Y aprésala inhumano tiránico poder:
Los lazos de la carne sujétanla en el suelo
Y la infeliz no puede el éter recorrer.

Y solo allá entre sueños te ve mi fantasía
Velada con celajes de plata y de carmin;

Entre los cuales vaga celeste melodía,
Y brilla la mirada de blanco serafín.

Aprisionada y ciega estiendo á tí los brazos,
Ansiando ver tus luces ¡oh estrella del amor!
¡Oh! rompe compasiva mis humanales lazos,
Si solo así ver puedo tu célico fulgor.

¡Oh! Virgen bendecida, del cielo bello encanto,
Tus gracias adoradas yo quiero contemplar,
Y en tus preciosas plantas vertiendo dulces llanto
Yo quiero ¡Madre mía! mil besos estampar.

Yo te diré las penas que el alma me rasgaron
Y la caridante risa que mi entusiasmo heló:
Te mostraré las lagas que abiertas me dejaron
Espinas punzadoras que el mundo me clavó.

Mas ¡ay! que el alma mi pretende alzar su vuelo
Y aprésala inhumano élfico poder:
Los lazos de la carne angustian en el suelo
Y la infeliz no puede el éter recorrer.

Y solo allí entre anhelos te mi fantasía
Vuela con celajes de plata y de carmin;

A NTRA. SÑRA. DE LOS REMEDIOS.

Virgen pura, remedio de Antequera,
Acoje amante los fervientes votos,
Que con humilde fé tierna y sincera
Postrados te dirigen tus devotos:
Tú que, morando en la celeste esfera,
Conoces nuestros males mas ignotos,
Para enjugar nuestro copioso llanto,
Cúbrenos compasiva con tu manto.

Tú, que, naciendo cual divina aurora,
Del mundo las tinieblas disipaste,
Tú, que con planta firme y salvadora
Del soberbio Luzbel la frente hollaste,
Tú, á quien la córte celestial adora,
Porque en el puro seno á Dios llevaste,
Para darnos tu reino sacrosanto,
Cúbrenos compasiva con tu manto.

Nada en el mundo iguala á tu belleza,
Solo Dios te aventaja en hermosura:
Los ángeles admiran tu grandeza,
Y humillan á tus piés la frente pura:
Las estrellas coronan tu cabeza,
Soles forman tu régia vestidura,

Pues de gloria el Señor te colma tanto,
Cúbrenos compasiva con tu manto.

Los bienaventurados á porfía
Te aclaman por su ilustre soberana,
Alabando con célica armonía
Tu santo nombre, que dulzura mana:
Y la luna, purísima María,
De ser tu pedestal gózase ufana:
Y la Iglesia repite en tierno canto,
Cúbrenos compasiva con tu manto.

No hay flor mas perfumada que tu aliento,
Estrella mas radiante que tu ojos,
Melodía mas dulce que tu acento,
Coral mas fino que tus labios rojos.
Tú conviertes en dicha el sufrimiento,
En florecidos ramos los abrojos,
Y al que te implora con afecto santo
Lo cubres compasiva con tu manto.

Eres siempre la insigne bienhechora,
Que aplaca de Jehová la justa ira;
Eres universal remediadora,
Que ardiente caridad al mundo inspira:
Eres consuelo del que triste llora,
Por eso el alma que tu amor aspira
Exclama confesándote su encanto,
Cúbrenos compasiva con tu manto.

EN LA SOLEMNE APERTURA
DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE LA CIUDAD DE ANTEQUERA.

¿Nó veis alzarse en el azul espacio,
Nitida y brilladora la mirada,
Sobre trono de fúlgido topacio
Alta beldad de frente coronada?
¿Nó veis el blando céfiro, que mueve
El frondoso laurel que le rodea,
De su traje plegar la gasa leve,
Que en cambiantes de luz graciosa ondea?
¿Nó veis con verdes y floridas palmas,
En fuego inspirador que es su elemento,
Cercar su trono superiores almas
En las alas del ráudo pensamiento?
Escuchemos su voz, que nos relata
Grandezas que las almas estasia,
Y el corazon seduce y arrebatá.....
Su vibradora voz que es la armonía.
«Yo soy el Arte, cuyo amor palpita
En almas que pretenden la belleza,
La que en sus obras atrevida imita
Las obras de la gran naturaleza.

Soy la que dando perfeccion por sello
Del entusiasmo impulsa la corriente,
Formas prestando al pensamiento bello
Que del poeta concibió la mente.

La que en mármoles, lienzos y metales
De altos hechos presenta la memoria,
Y abre las puertas ricas y eternas
Del templo luminoso de la Gloria.

Venga en mi busca, venga el que desea
Sublimando su ser realzar su nombre;
Que á donde el corazon reina y la idea
Con mi vuelo fugaz remonto al hombre.

Venga la juventud, la edad preciosa,
Que el oro y el marfil luce en sus alas:
La edad en que la mente vagorosa
Dá al mundo resplandor, flores y galas.

Y el ideal bellissimo que mire
En sus doradas, puras ilusiones,
Al mundo mostraré para que admire
Sus ricas y brillantes concepciones.

Cuanto natura ostenta de mas bello
Sabrá reproducir con mano diestra,
Y hasta, mostrando célico destello,
Imitará de Dios la obra maestra.

El sol naciendo entre zafir y grana,
La luna con sus cándidos fulgores,
El prado y la colina, que engalana
Vistosa alfombra de esmeralda y flores;

El hirviente volcan, el mar profundo,
Del firmamento azul limpido espejo,
Y hasta el hombre, señor del vasto mundo,
Que de alta majestad luce el reflejo,

Puede fielmente ver reproducido
El que me siga con afan constante;
Viendo despues su nombre enaltecido,
Bordado con laurel verde y fragante.
Que al Genio yo con esplendor coronó

En horizonte bello, ilimitado,
Y con áureas cadenas le aprisiono,
Porque al error no baje despeñado.

Mas, en vez de cortar su ráudo vuelo,
El que me sigue con amor profundo,
Rápido sube hasta el brillante cielo,
Y gigante se mece sobre el mundo.

Rusconi, Miguel Angel, el Ticiano,
Velazquez, Veronés, Vandik, Murillo,
Rubens, Españaoleto, Alonso Cano,
Por mí alcanzaron de la Gloria el brillo.

Vengan á mí las almas religiosas,
Que conservan la Fé, joya preciada,
Y con sus bellas obras prodigiosas
Verase la piedad regenerada.

Ornada con luceros la cabeza,
Sobre trono de cándidos querubes,
Esparciendo las flores de pureza,
Siendo alfombra á sus piés astros y nubes,

Podrán mostrar la Virgen candorosa,
Que allá en el cielo adoracion recibe,
Tan pura, tan amante, tan hermosa,
Cual la encendida mente la concibe.

Y al verla el alma degradada, impia,
Que se anegó en el mar de torpe duda,
Clamando con fervor ¡oh Madre mia!
A su seno de amor tal vez acuda.

¿Quién no se anega en sentimiento santo,
Qué alma en divino amor no se encendiera,
Viendo el celeste y pudoroso encanto
Que Murillo á sus Virgenes les diera?

¿Quién no ha de amar el arte peregrino,
Que tal sublimidad radiante luce,
Y hasta la cima del amor divino
El corazon católico conduce?

¿Qué pecho no se siente lastimado,
Viendo en obra que yo perfeccionara

Junto á María el hijo lacerado,
Conque á Sicilia Rafael pasmara?

Admirad mi poder: ved que conmuevo
Del corazon las fibras mas internas,
Cuando sublime á presentar me atrevo
Amor, tristura y emociones tiernas.

Y subid hácia mí, que inmarchitables
Coronas de laurel brindo en el suelo:
Y hasta puedo con obras admirables
Volver el alma á su perdido cielo.»

Á LA MUERTE.

Ven, fantasma de lánquida belleza,
Y dale al corazon blando reposo:
Adormezca tu seno mi cabeza
Con beleño dulcísimo y sabroso.

Ven, y rompe las frágiles cadenas,
Que retienen á el alma aprisionada,
Y, libre de congojas y de penas,
Podrá volar á celestial morada.

Deja á los que te llaman fiera impia,
Que arrastren su existencia miserable,
Déjalos que con bárbara porfia
Luchen por encontrar la vida amable.

¡Insensatos! ¡no ven que á su deseo
Les opone el destino fuerte egida!
¡No conocen es loco devaneo
Hallar felicidad en esta vida!

Nace el hombre, y al punto es su destino
Lágrimas derramar en abundancia:
Mil escollos que obstruyen su camino
Se las hacen verter desde la infancia.

Que contrarian su gusto caprichoso
Y le hacen ocupar en el estudio;
Mas ¡ay! que este trabajo tan penoso
De su futuro mal ni aun es preludio.

Llega la juventud y alegre sueña
Dulces glorias el alma embelesada,
Una sombra de amor blanca y risueña
Al momento la deja fascinada.

Mas como sombra al fin desaparece,
Al quererla tocar ardiente mano:
La dorada ilusion se desvanece
Dejando en su lugar dolor insano.

Que es locura buscar en este suelo,
Desierto que regamos con el llanto,
El angélico amor que allá en el cielo
Solo despliega su inefable encanto.

Tras de la juventud, la edad madura
Nuevos pesares al mortal le trae,
Que aunque olvida el amor y su locura
En la ambicion insoportable cae.

Y aplausos, y placeres, y riquezas,
En su vehemente corazon ansía,
Y adorna los objetos de bellezas
Su arrebatada loca fantasía.

Mas si llega á alcanzar lo que anhelara
Al momento le causa árido hastío,
Y aunque el orbe completo conquistara,
Siempre sintiera el corazon vacío.

Que es el orbe completo muy pequeño,
Para llenar un corazon, formado
Para un mundo feliz, que ni aun en sueño
Hase el hombre jamás imaginado.

Para el cielo nacimos: lo asegura
La ardiente sed que de gozar tenemos,
Y la abundante dosis de amargura
Que aun en la copa del placer bebemos.

Cuando en el mar inmenso de la vida
La tempestad de las pasiones zumba,
¿Nó escuchais esta voz muy repetida?
«¡Mundo mejor te se abrirá en la tumba!»

Preguntad á el anciano á quien los años
Encorvado dejaron y doliente:
El os podrá decir mil desengaños
Que helaron sus ideas precozmente.

Y, muertas al mirar ya sus pasiones,
Preguntadle si goza dulce calma,
Y os dirá las amargas impresiones
Que aun siente sin cesar su pobre alma.

Que, agotado mirando su entusiasmo,
Tedio siente, mas no blando reposo,
Objeto su vejez es del sarcasmo,
Y á todos el anciano es enfadoso.

Veis que la tierra, de pesares llena,
Es del alma prision, su patria el cielo,
¿Por qué pues de arrastrar larga cadena
Tiene el ser inmortal vehemente anhelo?

¡Oh! llevadme, Señor, á esas regiones
Donde su canto elevan los querubes,
Donde bordan estrellas á millones
Los bellos tronos de rosadas nubes.

Allí que no es burlada la ternura
Y será de placer el alma henchida,
Allí que se contempla la hermosura
Allí, Señor, empezará mi vida.

Que es mi vida el amor puro y ardiente,
Que en vano yo buscara en este suelo,
Pues el divino amor brilla en tu frente:
Pronto, pronto Señor, llévame al cielo.

En los séres é ideas que yo amaba
Ya conozco, mi Dios, te hube adorado:
Si lo bello mi espíritu encantaba,
¿Quién mas bello que tú, mi Padre amado?

Mas te buscaba el alma peregrina
Y vagando perdióse en el espacio;
Ya, por piedad Señor, la faz divina
Muértrale clara en tu eternal palacio.

Extienda ya la muerte bienhechora
Su fúnebre crespon sobre mi lecho:
La criatura que así morir implora
De pena el corazon tiene deshecho.

Á UNOS PREDICADORES.

¿Dó bebísteis la mística dulzura,
Que vuestra voz angélica derrama,
Y esa doctrina saludable y pura,
Que arroba el corazon la mente inflama?
¿Qué manantial de amor os dió ternura?
¿Qué foco de piedad fulgente llama?
¿Qué musa celestial esa poesía,
Para pintar las penas de María?

—
¿Qué águila os pudo remontar ufana
A un mundo sin confin de inteligencia?
¿Qué ser os inspiró tan sobrehumana
Persuasiva razon, tanta elocuencia?
Solo puede ser Dios: frágil y vana,
Quimérica sin El es nuestra ciencia;
Y es la vuestra fructífera y divina,
Porque su sacra luz os ilumina.

—
El que derrama lluvia fecundante,
Porque abundosa mies produzca el suelo,
Lógica santa os dió, ciencia brillante,

Lluvia que hará brotar mies de consuelo.
Vuestra palabra dulce, insinuante
Del mísero mortal levanta el vuelo,
Dilata el corazon y le recrea:
¡Oh cuánta es su virtud! Bendita sea.

EL ESTUDIO.

Á LA JUVENTUD.

No atravesamos ya con desconsuelo
Los siglos de infortunio, en que la guerra
Destruyendo la mies en nuestro suelo
Sembraba de cadáveres la tierra:
Hoy de nuestra nacion, piadoso el cielo
A Marte destructor el paso cierra;
España ostenta sus risueñas galas
Y el ángel de la paz bate sus alas.

El altivo leon, embravecido
No tiene que afilar la garra dura
Que al universo entero ha conseguido
Inspirar el asombro y la pavora.
No ha menester Pelayos que el hundido
Trono español levanten á su altura,
Ni Cides, que, al vencer moriscas greyes,
Tributarios humillen á sus reyes.

Mas aun la lid faltando en nuestra España
No la habrán de faltar ricos joyeles,

Que es á la oscuridad su prole extraña
Y por *gloria* suspiran sus donceles;
Si los fértiles campos ya no baña
La sangre que brotar hizo laureles,
Ellos han de brotar aun mas frondosos
De un sol á los fulgores luminosos.

Del templo sacrosanto de la Gloria
Las eternas diamantinas pñertas,
Las páginas brillantes de la historia
Hoy á la juventud muéstranle abiertas:
No se sube á su cumbre meritoria
Por asinadas ruinas ya desiertas
De pueblos ricos, numerosos antes,
Ni sobre rotos miembros palpitantes.

Otra senda mas grata nos conduce
A do crece el laurel por nuestra suerte,
Y el que guirnalda inmarchitable luce
Ni coge destruccion, ni siembra muerte.
La fraticida guerra ya no induce
A coronar la sien del que es mas fuerte,
Que ya gozando bienhechora calma,
El genio y el saber lleban la palma.

Y cuando al viento su pendon ondea,
Que error y oscuridad rasga veloce,
Alzándose hasta el mundo de la idea,
Que brinda en su extension plácido goce,
Es ancho mar, do el alma se recrea,
Y solo á Dios por limite conoce:
Aguila audaz que en atrevido vuelo
Combate al claro sol junto á su cielo.

¡El saber! árbol rico y floreciente,
Que aromas y frescor dá á las naciones;

Grave, hermosa deidad, que prepotente
Enfrena el aquilon de las pasiones:
De la santa verdad copiosa fuente,
Donde sacian su sed nobles varones,
Y el que en beber sus aguas mas se afana
Mas se aproxima al Dios de quien dimana.

Triunfos de la inmortal Sabiduría,
Quien vuestra palma fúlgida merece,
A el Cid, Guzman, Cortés, no envidiaría
El lauro que sus tumbas enaltece.
Mas que el sol en mitad del claro dia
El venerando sabio resplandece,
Y del mundo ideal rey le proclama
Con sonoro clarin rauda la fama.

Mas para conseguir tanta ventura,
Tan señalado honor, tanta grandeza
Preciso es trabajar con fé segura
El tedio dominando y la flaqueza.
El árbol de frondosa galanura
Rico en aromas, frutos y belleza,
Para llegar á ser gaia del prado,
Con esmero y afan fué cultivado.

Pues cultiva tambien la inteligencia
¡Oh noble y juvenil raza española!
Rápida corre en pos del alma ciencia,
Y alcanzarás su fúlgida aureola:
Estudia con afan, y la indolencia
A la noble ambicion constante inmola.
Que aunque enojoso y árido, el estudio
De luminosa gloria es el preludio.

Y en la corona rica sin segunda
Conque la España ciñe sus blasones,

¡Oh tierna juventud! orgullo funda,
Y prende mas y mas bellos florones.
Veloz su fama por el orbe cunda,
Admiracion inspire á las naciones:
Sea su gloria en las ciencias la primera,
Como lo fué en las lides su bandera.

EL SACERDOCIO.

Á DON N. DE. N.

EN SU PRIMERA MISA.

En el desierto estéril, calcinado
Por los rayos de un sol rojo y candente,
Do no plugo al Señor de lo creado,
Que el reino vegetal su pompa ostente,
Se halla el oasis fresco y regalado
Con verdes palmas, cristalina fuente
Y áuras. que dan aliento al peregrino,
Que abrasado espiraba en el camino.

Y en medio de la mar, mónstruo temible,
Que al viento asolador hácele guerra,
Y con la sed de víctimas horrible
Intenta en su furor tragar la tierra,
Isla se encuentra grata y apacible;
Y en su tranquilo puerto se destierra
Del náufrago el terror, y halla su alma,
Tras ruda tempestad, dichosa calma.

Así se encuentra en la azarosa vida,
Ancho desierto de infecunda arena,

El oasis que al descanso nos convida,
Donde brota de amor copiosa vena;
Y en medio de la mar embravecida
De pasiones, que rugen cual la hiena,
Isla de puerto protector, tranquilo,
Que al náufrago infeliz le presta asilo.

La santa Religion, la que brotara
Del árbol de la Cruz rica y frondosa,
Cruz que el divino Redentor regara
Con su sangre purísima y preciosa,
Es la que al hombre en su naufragio ampara,
La que le da la sombra en que reposa,
La que apaga su sed con aguas puras
Del ancho manantial de las alturas.

Es la aurora que anuncia un bello día,
Tiñendo el horizonte de colores;
La que deshace la tiniebla fría
De la noche cruel de los errores;
El conjunto de luz y de armonía;
El arrullo feliz de los amores;
El néctar que á las almas embriaga,
Bálsamo universal de toda llaga.

¡Sagrada Religion excelsa y pura!
Si ella es el puerto protector, sereno,
Si es la fuente copiosa de ternura,
El célico vergel de aromas lleno:
Si es el centro de amor y de ventura
Para el alma que paz busca en su seno,
¡Cuán llena de esplendor y de belleza
Será de sus ministros la grandeza!

Del obstinado error alzar el velo,
Del polvo desprender súbito al alma,
Enlazando la tierra con el cielo,

Alcanzarnos de gloria hermosa palma;
Darnos con el perdon vida y consuelo,
Tornar la tempestad en dulce calma,
Darle al mismo dolor vida y encanto,
Ser eco del Señor tres veces santo,

Es la mision sublime y bienhechora
Del hombre al sacerdocio consagrado:
Esa mision brillante y salvadora,
Que henchido de fervor has abrazado.
Ya cercado de lumbre brilladora,
Puedes en horizonte ilimitado
Volar hasta los tronos celestiales,
Y alcanzarnos las gracias á raudales.

Ya en trono al convertir tus manos puras
De ese Dios amoroso sin segundo,
Se anegará tu espíritu en dulzuras
Que no pueden tener nombre en el mundo,
Si entonces por las miseras criaturas
Alzas una plegaria, en lo profundo
Del fervoroso corazon nacida,
El cielo nos dará gracia cumplida.

¿Y qué te ha de negar el que piadoso,
El alto cielo do sus rayos tiende,
Donde tiene por trono majestoso
Angeles bellos, que el amor enciende,
Humillado, rendido y amoroso
A tu potente voz deja, y descende,
Para hacerte, trocándose en cordero,
Entre el cielo y la tierra medianero?

¡Oh dicha sin igual! si mi esperanza
Realizada se vé, si el Dios benigno
Escucha la oracion que ardiente lanza
Mi corazon aunque de gracia indigno,

Astro serás de gloria y venturanza;
De tan sumo favor un tanto digno:
Y en esta tierra de tiniebla impia
Tu ejemplo nos dará brillante guia.

—
Y ya que te remonta hasta las nubes
La inspiracion que en tí fulgura y late,
Y en blancas alas de tu genio subes
A do alcanzas laurel de ilustre vate;
Cuando legion de cándidos querubes
Del yugo de la carne te desate,
En esfera de luz mas refulgente
Laurel de santidad orne tu frente.

CANTO Á MARÍA.

¿Sabeis cuál es la flor pura y fragante,
Que el célico vergel mas enaltece?
¿Sabeis cuál es el astro rutilante,
Que en la region azul mas resplandece?
¿Sabeis cuál es en la Sion triunfante
La que bella entre bellas aparece?
¿La que eclipsa la luz del claro dia
Al dulce sonreir? pues es María.

—
La dorada ilusion de la ventura,
Que la mente nos forja peregrina,
La luna, que, al rasgar la sombra oscura,
Los floridos collados ilumina,
El sol, cuando refleja su luz pura
En linfa bullidora y cristalina,
No tienen brillo ni belleza tanta,
Cual la que holló á Luzbel con firme planta.

—
Yo os llamo: á contemplar la Reina hermosa
Venid todos los séres, y, estasiados,
Ved si tienen belleza tan graciosa
En el pródigo Abril los ricos prados:

Ved, si la palma del desierto airosa
Fresca sombra le ofrece á los cansados
Cual ella, palma que en el alto cielo
Dobla sus ramas por cubrir el suelo.

Ved, si tiene el cantor del bosque humbrio
Su blando arrullo y regalado acento:
Ved, si la flor cubierta de rocío
Tiene el aroma de su dulce aliento:
Ved, si el limpio cristal del manso río
Retrata el azulado firmamento,
Como retrata su alma peregrina
Del Hacedor la perfeccion divina.

Ved, si el Señor que al universo hizo,
Aunque poder omnímodo le asiste,
Pudo un alma colmar de mas hechizo,
Que el que á la Virgen cándida reviste.
Ved, como de Satán rodó el macizo
Trono á sus plantas, y la culpa triste
Que luto y corrupcion vertió en el mundo
Trocola en manantial de amor fecundo.

¡Oh iman del corazon! ¡oh Madre mia,
Fuente de caridad, sol de esperanza,
Blanco lucero que mis pasos guia,
Iris bello de gozo y de bonanza!
¿Por qué no puedo yo dulce poesía
Dichosa desplegar en tu alabanza,
Para poder cantar, Virgen bendita,
El delicioso amor que en mí palpita?

¿Por qué no puedo yo con ráudo vuelo,
Las vaporosas nubes traspasando,
Contemplarte una vez, cielo del cielo,
Pureza al querubin y al ángel dando?
Descendiendo despues al triste suelo,

Tus celestiales gracias recordando,
A los hombres estáticos dejara,
Cuando tu gloria y tu beldad cantara.

Y pudiera decir, como lograste
Del infernal dragon ser defendida,
Y aun antes de los siglos recreaste
La mente donde estabas concebida.
Como á la Trinidad enamoraste
Que entre millares te llamó escogida:
Como detienes con tu amante ruego
De su justo rigor el vivo fuego.

Mas ¡ay! no puede ser: ojo mundano
Nunca te puede ver, ni tu excelencia
La pudiera cantar númen profano,
Ni comprender la humana inteligencia.
Postro en tus aras con amor cristiano
Mi lira, al conocer su insuficiencia,
Y solo se decir con tierno lloro,
Eres bella sin par, y yo te adoro.

À ELOISA.

Por qué he de lamentarme de continuo
Y siempre he de elevar triste mi canto?
¿Por qué llamar perverso mi destino,
Vertiendo mares de amargoso llanto?

Hoy no reniego de la estrella mia,
Que un inmenso placer gozar me deja,
Hallando en una dulce simpatía
Alivio al sufrimiento que me aqueja.

¡Ah! que en el mundo existen almas buenas,
Que siempre al infeliz prestan consuelo;
Que, para mitigar las hondas penas,
Son una emanación del mismo cielo.

Que reaniman las muertas ilusiones,
Y el entusiasmo que se hallara estinto;
Que sostienen los tiernos corazones
Del mundo en el confuso laberinto.

Angeles de candor y de ternura,
Que bajan de las célicas regiones,

Para dar á la tierra galanura,
Y el espacio llenar con sus canciones.

Y ¡oh ventura sin fin! yo soy amada
De una de esas criaturas dulce y bella,
Y el alma que dejaronme ulcerada
Sé que la curará piadosa ella.

Mas, aunque realidad y no quimera
De ese arcángel divino es la existencia,
Aunque vive mujer tan hechicera,
No puedo ser feliz con su presencia.

Flor que del Bétis creces en la orilla,
Y de mí te separa gran distancia,
¿Por qué orgullosa guárdate Sevilla
Privándome gozar de tu fragancia?

¡Ay! yo quiero escuchar, tierna Eloisa,
Tu inspirada y graciosa cantilena,
Quiero formarte, angélica poetisa,
Con mis brazos dulcísima cadena.

Sí, yo quiero estrecharte entre mis brazos,
Y con llanto bañar tu pura frente,
Quiero de tu amistad los dulces lazos,
Para expresarte mi entusiasmo ardiente.

En mis noches de insomnio yo te llamo,
Y cuando luce el sol aun verte anheló,
Porque decirte quiero que te amo,
Y que espero de tí grato consuelo.

Si feliz poseyese como el ave
Ala que á mi placer me trasportara,

Para escuchar tu voz pura y suave
El espacio veloz atravesara.

Y á mi plectro que es siempre áspero, seco,
Le prestaras cadencia melodiosa;
Pues de mi pecho el insondable hueco
Lo llenara tu trova melodiosa.

Mas aunque separadas nos hallemos
Eleva tu cancion cual yo la mia,
Y, llenas de entusiasmo, ambas cantemos,
Unidas por estrecha simpatía.

A LA ASCENCION DEL SEÑOR.

Suena en los aires célica armonía,
Y entre rosadas vaporosas nubes,
¡Oh Hijo de la cándida María!
El espacio rasgando al cielo subes;
Angeles bellos fórmante á porfia
Trono de resplandor, y albos querubes,
Abrasados de amor en llama santa,
Son hermoso escabel bajo tu planta.

El Padre celestial, dulce y amante,
En sus brazos te acoge, y te regala
De rey mártir corona rutilante,
Que arroja resplandor y aroma exhala.
El serafin de gozo palpitante
Encubriendo la faz bajo su ala,
Del Hombre Dios la huella refulgente
Besa henchido de amor y reverente.

Las Vírgenes, radiantes de belleza,
Ante el Esposo fiel de sus amores
De incorruptible angélica pureza
Arrojan á sus piés cándidas flores,

Los profetas inclinan su cabeza
Cantándole suavísimos loores:
Y le presentan palmas de victoria
Y respira placer toda la Gloria.

Regocijo y amor respira el cielo,
Mas el mundo tal vez derrame llanto,
Que faltando Jesús, dulce consuelo,
Lo cubrirá el dolor con negro manto.
En vano los mortales con anhelo,
Erizado el cabello del espanto,
Escudo buscarán sobre la tierra
Si les mueve Satán violenta guerra.

Cual frágil indefensa navecilla,
Que así que la abandona su piloto,
Mira pedazos mil hecha su quilla,
Desgarrada la vela, el timon roto,
Y la empuja veloz hácia la orilla,
Donde la va á estrellar furioso noto,
La cristiandad por Cristo abandonada
Rota será, deshecha y estrellada.

Mas no, no puede ser: el que tomara
Carne, por redimir nuestro pecado,
Y con la humanidad se desposara,
Siendo la cruz su tálamo sagrado,
Y su sangre por arras entregara,
Joya que nuestras deudas ha pagado,
No puede abandonar su grey querida
En el mar proceloso de la vida.

Por eso cuando sube á esas regiones
Que durarán despues de las edades,
Do un átomo á sus piés son las naciones,
Y arista las humanas potestades,

Quiere Jesús sellar los corazones,
Donde impresas quedaron sus verdades,
Y dice: «con amor tierno y profundo:
Vuestro amparo y sosten seré en el mundo.»

Y dejará la madre cariñosa
De alimentar al ser que produjera,
Y el aurora de nácar y de rosa
De preceder al sol en su carrera,
Y la fértil campiña deliciosa
De flores ostentar en primavera,
Antes que deje el Dios de las alturas
De socorrer amante á sus criaturas.

A MI AMIGO D. EMILIO DE LA CERDA.

DESALIENTO.

En vano, mi buen amigo,
Quieres escuchar mi canto;
En vano, por complacerte,
He pretendido entonarlo.

Yo cantar antes podía,
Porque el divino entusiasmo,
En mi alma prendió su fuego,
Con fúlgida luz brillando.

Entonces mi genio ardiente
Dió vida á lo inanimado,
La luz de mi fantasía
Iluminó los espacios.

Hoy solo existe en mi alma
El hielo del desencanto,
La luz fatídica y triste,
Conque alumbró el desengaño.

Y ya no sabe mi lira
Silvar con el viento airado,
Ni murmurar con la brisa,
Ni con el arroyo manso.

No sé reír con el día,
Tender trizteza y espanto
Con la noche, y suspirar
Con el crepúsculo vago.

Ni aun pintar mi abatimiento
Ni mi tristeza me es dado,
Que lo que siente mi alma
Yo no sé como expresarlo.

Dime donde hallar colores
A la vez fuertes y opacos,
Que pinten vehemente anhelo,
Y al par languidez, cansancio.

Dime si hay notas que expresen
Un corozon desgarrado,
Que jóven y ansiando vida
Lucha con la muerte en vano:

Que por conocer las penas
Vió de la dicha los rasgos,
Pues no conoce las sombras
Quien de luz no ha visto un rayo.

Para pintar mi tristeza,
Imágenes he buscado
En las campiñas sin mieses,
En los jardines sin ramos,

En la tórtola, que gime,
Su compañero buscando,
En la noche tormentosa
Con tinieblas y sin astros;

Mas encuentro. buen amigo,
Todo símil inexacto;
Todo lo encuentro pequeño,
Con mi pena al compararlo.

Tal vez de la horrenda noche
Desgarra el tétrico manto
Alguna tímida estrella,
Su pálida luz vibrando.

Tal vez una flor sencilla

Brota el jardín descuidado,
Y aun ostentan en invierno
Verdor alguno los campos.

Tal vez la tórtola triste
Encuentra su bien amado,
U otro dulce compañero
Que la dé su arrullo blando.

Mas para mí no hay estrella
Ni aun de fulgores opacos,
Ni flor siquiera inodora,
Ni amor, ni aun cariño grato.

¿Quiéres conocer poeta
De mis pesares un tanto?
Es que una sed me devora,
Y nunca, nunca la sacio.

Es que Dios hizo mi alma
Para un goce ilimitado,
Y es tan adversa mi suerte,
Que ni aun el mas breve alcanzo.

Es... mas ¡ah! tú no comprendes
Este sufrimiento amargo,
Que con su fuego marchita
La pobre flor de mis años.

Tú no sabes el tormento
Que es tener en frágil vaso
Alma ardiente de poeta
Sin haber de quebrantarlo.

Tú, en alas del ráudo genio
El éter puro cruzando,
Puedes cual águila alzarte
A donde impera el rey astro:

Yo soy pobre pajarillo
En mi jaula aprisionado:
Para volar tengo aliento,
Pero me falta el espacio.

Tú eres el erguido roble,
Que al viento descadenado

Opones tu duro tronco,
Que sus furias no troncharon.

Yo soy el débil arbusto
Para el noto sin resguardo,
Su saña rompe mi tronco,
Desgaja mis verdes ramos.

Tú, al volar libre hasta el cielo,
Admiras paisajes varios
Ricos de luz y colores,
Para en tus versos cantarlos.

Yo miro no mas que el tiempo
Resbalar con lento paso;
¿Qué ha de ver para cantarte
El pajarillo enjaulado?

Tú lucir puedes tus galas
En el vergel del Parnaso;
Mas ¿qué galas luciria
El pobre arbusto tronchado?

Por eso cantar tu debes
Y al siglo arrancar un lauro,
Que es tu porvenir la *gloria*
Y para mí sueño vano.

Canta esperanzas y amores,
Gloria, nobleza, entusiasmo,
Y déjame á mí en silencio
Tedio cruel devorando.

Á MI CORAZON.

Hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del cerazon.

Espronceda.

Ya está mi boca risueña,
Y aunque pálida la faz,
Al verla el mundo halagüeña,
Ni aun por un acaso sueña
Que falte al pecho la paz.

Mas no solo has de esconderte
Del mundo para llorar;
Corazon, yo no he de verte
Cobarde y flaco tu suerte
Con lágrimas deplorar.

Si has perdido el sueño hermoso,
Has ganado la experiencia,
Y, si no eres venturoso,
Puedes mostraste orgulloso
Apoyado en tu conciencia.

Si no puedes respirar,
¡Ah! no me digas que es
Porque te ahoga el pesar;
Mira, que te he de arrancar
Para hollarte con mis piés.

¿Qué lloras? ¿Las ilusiones,
Que tus sueños arrullaron
Con luminosas visiones,
Y las mezquinas pasiones
Para tus ojos velaron?

¿Nó ves como á los rigores
De la gélida estacion
Pierde el campo sus verdes
Y sus matizadas flores,
Y no llora, corazon?

¿Nó ves como el soplo crudo
Que con el invierno viene
Despoja al árbol, sañudo,
Y él, aunque pobre y desnudo,
Su tronco erguido sostiene?

Dirás, que preciso fuera
Que, al llegar el triste invierno,
El árbol rico perdiera
Las galas de primavera,
Que su esplendor no era eterno.

Mas, tambien era preciso
Que tú, formando con flores
De ternura un paraiso,
Te encontraras de improviso
Sin amistad, sin amores.

Corazon, es natural
Que aquí, donde falso es todo,
Quien busque cual tú leal
La ventura celestial
Encuentre.... miseria y lodo.

A. S. M. LA REINA D.^a ISABEL II.

FANTASÍA.

Nunca he visto lucir tan rutilante
El astro brillador de la alegría,
Ni el corazón de gozo palpitante
He sentido jamás como este día.
Que al miraros, Señora, en breve instante
Ha volado mi ardiente fantasía,
Y este mísero mundo abandonando,
Otro mundo ideal va divisando.

Y en una esfera cristalina y pura,
Entre nubes de púrpura y de oro,
Radiante de suavísima ternura,
De la cual anidais rico tesoro,
Vuestra esbelta, simpática figura
Miro cercada por luciente coro
De seres, que figuran en la historia
Y que entonan acordes vuestra gloria.

Y falange de reyes numerosa,
Que ostenta ya coronas eternas,

Hácia vos se adelanta presurosa,
Derramando fulgores celestiales:
Y en la frente nevada y espaciosa,
Que de alta majestad lleva señales,
Os ciñe ramos perfumados, bellos,
Y piedras de vivísimos destellos.

Fernando el Santo luce los despojos,
Que del moro soberbio conquistara,
Y de amor divinal brillan sus ojos
Cual la lumbre del sol fulgente y clara,
Hermenegildo, los rubies rojos,
Que de su abierta herida destilara,
Muestra en rica flotante vestidura,
Que á la del cisne roba su blancura.

El primero con voz dulce y vibrante,
«Salve, esclama, mi digna sucesora:
Por ser de España y de tu Dios amante,
Recibe esta corona brilladora.»
Dice el segundo, «por la Fé constante
Que tu pecho católico atesora,
Por la que dieras como yo la vida,
Una joya en tu sien dejo prendida.»

Y aquel Alfonso á quien la fama diera
De justo y de magnánimo el dictado,
Y el otro en cuya frente reverbera
La ciencia que alumbrara su reinado,
Porque sois liberal, y por do quiera
El valor y el talento habeis premiado;
Os ofrecen preciosas mil guirnaldas
De záfiro, brillantes y esmeraldas.

Y el segundo Felipe, el valeroso,
Que el confin estendió de nuestro suelo,

Y aquel emperador Cárlos glorioso,
Aguila ráuda que elevóse al cielo,
Y aquel Don Juan, poeta melodioso,
Que de las artes impulsara el vuelo,
Al ver que reflejais sus altas prendas
Os rinden á su vez bellas ofrendas.

—
Y honra de nuestro sexo una matrona
Os saluda tambien, su manto brilla;
Himnos en su loor un coro entona
Girando en torno de su régia silla.
«Tú que llevas mi nombre y mi corona,
Dice la estrella que alumbró en Castilla,
Y heredas mi valor y fé piadosa
Has de ser en el trono venturosa.»

—
Y engalana tambien vueatra cabeza,
Y los ilustres reyes entre tanto,
Admirados de ver vuestra grandeza,
Elevan á una voz plácido canto:
«Gloria, dicen, amor, dicha y alteza
A la Reina Isabel cerquen de encanto;
Flores broten do quier bajo su planta,
Que heróico es su valor, su bondad santa.

—
¡Oh que torrente de placer me inunda
Al ver esta ovacion, mi Reina amada!
Late mi pecho de emocion profunda,
Y lágrimas derramo entusiasmada:
Y si fuera mi musa mas fecunda,
Al son de lira dulce y acordada
Vuestra virtud mas alta cantaria,
Y otro nuevo laurel os rendiria.

—
Mas aunque nada mi entusiasmo calma,
Que hoy al miraros exaltado acrece,

Yo no os puedo ofrecer la bella palma
Que vuestra caridad tierna merece.
Pero lo mas precioso de mi alma
En este ramo á vuestros piés se ofrece,
Que de vuestra virtud y mis amores
El emblema se encierra en estas flores.

LA INCONSTANCIA.

SONETO.

Infeliz corazon, rico en amores:
Cuando irradiando luz nueva existencia
Te ofrece la risueña adolescencia,
En tí sientes brotar cándidas flores,
Las baña con sus rayos bienhechores
El sol de la esperanza, y la inocencia
A sus cálices dá fragante esencia,
Y á sus ojas suavísimos colores.
Ellas trasforman nuestro pobre suelo
En el Edem mas bello de ternura;
Mas cuando el alma goza todo un cielo
Y estasiada contempla la hermosura
De estas flores de célica fragancia
Las viene á marchitar ¡ay! la *inconstancia*.

Á UN NIÑO.

SONETO

De una rama bendecida
Eres fragante capullo,
Y te meces al arrullo
De la brisa matinal.
El reptil de la malicia
Tus hojas aun no ha mordido,
Ni en tu cáliz ha vertido
Veneno aleve y fatal.

—
Crece en belleza, y las auras
Te den suaves olores,
Y canoros ruiseñores
Te canten su dulce amor:
Y, cuando tu cáliz abra
De las pasiones el noto,
No deje tu tallo roto
Ni pálido tu color.

—
Crece en paz, bella criatura,
Que, en tu inocencia dormida,
El ancho mar de la vida
Lo cruzas sin despertar:
Y ya que tanta belleza
Pródiga te dió natura,

De pacífica ventura
Te quiera el cielo colmar.

El haga que en tu camino
Halles flores y no abrojos,
Y que el llanto de tus ojos
Jamás empañe el fulgor:
Y aunque la dicha no estribe
En atesorar riqueza,
El rigor de la pobreza
De tí separe el Señor.

Y ante todo, Dios te guarde
Una joya, que perdida
Jamás se encuentra en la vida
Otra de riqueza igual.
Esa joya tan preciada,
Que no quiere mi cariño
Pierdas tú, cándido niño,
Es el amor maternal.

¡Ah! tú no sabes cuan rico
De ternura y de embeleso
Es, ángel amado, el beso
De *aquella* que el *ser* nos dió:
Beso elocuente que dice
Mas que cien libros escritos
De varones eruditos,
Que el mundo entero aplaudió.

Beso de ternura inmensa,
Que hasta serle conocida
Quizás de dicha cumplida
No encontrará la mujer:
Que Dios, al mirarla esclava
Arrastrar cadena dura,

La ha dado en esa ternura
Del corazon el placer.

Mas del bien que te deseo
No conoces lo profundo,
Porque no entiendes el mundo,
Ni el vicio, ni la virtud:
Ni sabes que larga serie
De ilusion y desengaño,
Un año tras otro año
Nos sigue hasta el ataud

No sabes las glorias pasan
Y que aun en el pecho tierno,
Segun dicen, no es eterno
El fuego de la pasion:
Y que, en fin, en este mundo
En donde nada hay estable,
Solo se encuentra inmutable
De una madre el corazon.

Mas puede ser que comprendas,
Cuando tiempo haya pasado,
El amor ilimitado
Que Dios á las madres dió.
Y entonces, al ver que al cielo
Yo por la tuya pedia,
Dirás «¡cuánto me queria
La que esta trova escribió!»

A LA INMACULADA CONCEPCION.

HIMNO.

CORO.

Gloria á la Virgen Santa,
A la fulgente estrella,
A la paloma bella,
Que el vuelo remontó:
De la primera culpa
El mar negro y profundo,
Que anega todo el mundo,
Sus alas no tocó.

¡Oh portentoso! de tronco dañado
Ha brotado una flor bella y pura,
Que á la nieve aventaja en blancura,
A la rosa en fragancia y primor:
Su perfume, inundando la tierra,
Va sembrando ventura y consuelo:
Y subiendo cual nube hasta el cielo
La delicia será del Señor.

CORO.

Gloria á la Virgen Santa, etc.

¡Ah! Mirad, es la Virgen María,
Que cual lirio entre espinas descuella:
¡Ah! decid, si criatura tan bella
Nuestra mente la pudo forjar:
El dragon de la culpa heredada
Respetó su divina grandeza,
Y no pudo en su ilustre pureza
El veneno feroz derramar.

CORO.

Gloria á la Virgen Santa, etc.

Ya del astro que luz presta al mundo
Se eclipsaron los vivos fulgores:
Ya sus tayos doblaron las flores,
Anhelando belleza mayor:
Que ante aquella, á quien Dios ha escogido,
Es el rayo del sol niebla oscura,
Y la flor mas graciosa y mas pura
Vé marchito su limpio color.

CORO.

Gloria á la Virgen Santa, etc.

DESENGAÑO.

A.....

No existe lazo ya, todo está roto:
Plugóle al cielo así ¡bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto:
Mi alma reposa al fin, nada desea.

G. G. de Arellaneda.

De tu falsa pasión el vivo fuego
Me hizo sentir amor y confianza;
Y en mi pecho nacer hizo tu ruego
La matizada flor de la esperanza.

Ser mi escudo en la tierra prometiste
Y yo te abrí mi pecho candoroso;
Mas ¡ay! mi corazón ver pretendiste,
Para clavar en él dardo alevoso.

Era tu voluntad voluntad mía,
Como á manso cordero me guiabas,
Que, si tu inspiración dócil seguía,
Puro y santo placer me asegurabas.

Mas ¡ay! cuando mi amor fué mas activo,
De súbito mataste mi entusiasmo;
Heriste mi amor propio en lo mas vivo,
Del mundo abandonándome al sarcasmo.

¿Es este el porvenir rico de amores,
Que pintaba tu mente delirante?
¿Este el camino, que de frescas flores
Prometiste sembrar con mano amante?

—
Todo apariencia fué, todo falsia,
Cuyo encanto fugaz ahora deploro:
Desengaño que hiera á el alma mia,
Que en tí buscó el amor, no buscó el oro.

—
Mas no te culpo no: plugole al cielo
Colmar de mis dolores la medida:
Tuya fué la mision: ¡oh! sin recelo
Di al Supremo Hacedor: «*está cumplida.*»

—
En vez de la ternura deliciosa
No pienses que rencor guarda mi seno:
Ni abrigo un alma baja y rencorosa
Ni sé yo convertir miel en veneno.

—
Te compadezco sí: no has conocido
El digno corazon, que aleve herias:
Del tesoro de amores que has perdido
El inmenso valor no comprendias.

—
Yo te perdono; acaso en tu demencia
Dirás que mi perdon no solicitas,
Mas en el tribunal de tu conciencia
Para tu absolucion lo necesitas.

—
Adios, no te amo ya: ¡bendito el cielo!
Pasó la tempestad, triste es la calma,
Una lágrima mas dejo en el suelo:
Un desengaño mas llevo en el alma.

EL HOMBRE JUSTO.

DEDICADO A LA MEMORIA DEL

SEÑOR DON JUAN MORENO Y MORENO.

Valle es el mundo pródigo en quebranto,
Do el alma dolorida
Siempre se ha de punzar con mil abrojos;
Donde brotan los ojos
Mares de amargo llanto,
Para regar el yermo de la vida.

La miseria con rostro demacrado,
Pálido y macilento,
De lágrimas amargas inundado,
Cubierta de sudor copioso y frío,
Por do quier se nos muestra,
Y, siendo objeto de sarcasmo impio,
Implorando favor pone su diestra.

Las violentas pasiones,
Al desbordarse con furor insano,
El corazon humano
Roban en su corriente impetuosa,
Haciendo producir el negro vicio;
Y en sus aras se inmolan con torpeza,

Sentimientos de célica pureza,
En repugnante y crudo sacrificio.
Mas no todo en el mundo
Es impiedad y vicios, y amargura;
Que aunque en frutos amargos es fecundo
Tambien produce frutos de dulzura.

Entre agudas espinas
Luce sus frescas hojas purpurinas,
Descollando la rosa pura y bella,
Que derrama fragancia deliciosa:
Del mismo modo el justo,
Que es de la sociedad lozana rosa.
Entre los vicios é impiedad descuella,
De la hermosa virtud galas mostrando,
Exento de arrogancia,
Y el mundo embalsamando
Con la que exhala célica fragancia.

¡Oh cuan grande es el hombre
Que en virtudes cristianas se sublima!
Sube valiente el águila por cima
De negra nube que á sus plantas truena
Sin que el rayo mortífero la asombre;
Se inunda con la luz del sol radiante,
Que en su aurífero trono resplandece,
E impávida y serena
Sobre la ronca tempestad se mece:
El hombre virtuoso, semejante
A el águila veloce,
Deja á sus piés tronar la negra nube
De mezquinas terrenas aficiones,
Que el rayo abrasador en torno lanza;
Hasta el sol de piedad rápido sube;
Y allí, bañado en resplandor divino,
Sobre la tempestad de las pasiones
Se mece en el espacio cristalino.

Allí, arrobado siente,
Un espíritu inmenso, que palpita

Benéfico y ardiente;
Que es la sávia y calor de las virtudes
Y á gigantes acciones precipita,
Que al mundo entero tras de sí arrebatá;
Y al encontrar estrecho,
Para hacer su morada el pobre pecho,
El corazon sus límites dilata.

Este es la caridad; el fuego santo,
Que al hombre justo tanto
Con el Dios de los cielos
(Que es por su esencia caridad y amores)
Enlaza y asemeja,
Que en el alma del justo entre fulgores
Su bondad infinita se refleja.

Este es la caridad: virtud preciosa,
Tan dulce y tan sabrosa,
Que es por sí misma venturosa y grande,
Aun antes que aureola refulgente
En la mansion de interminable día
Cerque su hermosa frente,
Que adornará el laurel con lozania,
¡La caridad! que lleva
Copioso gérmen del placer mas puro:
Que reina sobre tiernos corazones
Con reinado mas largo y mas seguro,
Que el del monarca, que en dorada silla
Vé tremolar triunfantes sus pendones
En vasto reino, que el temor humilla.

¡Admirable virtud! Seguid do quiera,
Amantes de lo bello y lo sublime,
La plácida carrera
Del que en su pecho por su bien la imprime
Y cual vital espíritu la siente;
Seguidla paso á paso;
Su huella refulgente
Os lleva de su vida hasta el ocaso.

Vedle, do quier vertiendo la ventura,

En ejemplo y palabra poderoso:
Vedle, sembrando la moral mas pura;
Luchando generoso
Por la dulce inocencia y la justicia:
Y en tanto que se agitan otros séres
En frívolos placeres,
Vanidad que á los hombres acaricia;
Vedle, estudiando el corazon humano
Con estudio profundo,
Las espinas sacar con diestra mano
De inclinaciones rudas ó viciadas
Dentro del corazon del tierno niño,
Plantando en su lugar las flores bellas
De inclinaciones dulces, delicadas:
Vedle en suma, formar su alma sencilla;
Alba como el armiño,
Para el bien y enseñanza
De nuestra sociedad, en la que brilla
Mas tarde con su luz pura y radiante
Cual astro protector de venturanza:
Porque es la educacion del tierno infante
Base, sobre la cual es levantado,
A magnífico, grande y admirable,
Y siempre iluminado
Por el radiante sol de la mañana,
O lóbrego, mezquino y miserable
El edificio de la vida humana.
Y en tanto que el avaro,
Como fiero chacal, con saña cruda
Bebe la sangre de infeliz viuda
O de huérfano triste,
Y en ella se embriaga,
Y su hidrópica sed nunca se apaga;
O que el soberbio con su orgullo necio
Exaspera la mísera pobreza,
Lanzándola miradas de desprecio;
Ved al justo, que vuela con terneza

De la piedad en las doradas alas
Hácia el pobre indigente;
Dulce con él sus infortunios llora,
Y por saciar el hambre
Que sus entrañas sin cesar devora
Dale su mismo pan, noble y clemente.

Vedle, acudir tambien al dolorido,
Que en su lecho infeliz postrado yace,
Para curar sus llagas amoroso;
O al que, de penas graves oprimido,
En lágrimas amargas se deshace,
Para llenar su alma
De esperanza, consuelo delicioso
Y paciencia que dá la eterna palma.

Y en tanto que él aplica
A toda herida bálsamo celeste,
Y víctima de amor se sacrifica,
Del mundo las copiosas bendiciones
Le cercan por do quier, y de la altura
Baja brillante y pura
La ceráfica hueste,
Para en sus alas dilatar la fama,
Que por su gloria justo le pregona;
Y el llanto que enjugara al desdichado
Dejar en ricas perlas trasformado
Para hacer á su sien rica corona.

¡Hermosa es la mision del virtuoso!
¡Sublime es desprenderse
De las pasiones rudas y mezquinas;
Y tranquilo mecerse
Por las áuras suaves y divinas
De dulces bendiciones,
Que alzan de gratitud los corazones!

Mas ¡ay! ¿será quimera, ilusion mia
La existencia de un ser tan elevado?
¿Es quizás que la loca fantasia
Con sus colores mil ha engalanado

En su entusiasmo ardiente
Exaltada indiscreta
Un ser que existiria solo en la mente
Calenturienta y loca del poeta?
;Ah nó! que en la feraz y hermosa tierra,
Rico floron de España,
Que el Güadalhorce con sus aguas baña
Y ve elevarse gigantesca sierra,
Fantástica ciudad de mármol raro;
Aquí, donde el talento
Siempre lanzara su fulgor mas claro,
Vimos subir á la brillante esfera
De la virtud mas pura y mas sublime
Espíritu gigante,
Por quien hoy Antequera
Envuelta en luto gime
Y eleva su plegaria sollozante.

Fué un ángel de bondad y de consuelo
Para el hermoso suelo
Del sabio Capitan y de Espinosa,
Dejándole el modelo
De la piedad mas tierna y fervorosa.

Recto y al par dulcísimo y amante
Para los frutos de su amor dichoso,
Fiel á la que juró su amor eterno,
Fué á mas de esposo sincero y constante,
Padre prudente, cariñoso y tierno,
Hermano generoso
Con el prójimo triste, que sufría
La enfermedad penosa ó la pobreza
Sus copiosos tesoros repartía,
El oropel del mundo despreciaba,
Y solo ambicionaba
Del alto cielo la inmortal grandeza.

Angeles tutelares de los hombres,
Que le acogisteis como digno hermano,
Bajad al suelo, que entre ilustres nombres

El de este justo con respeto guarda;
Bajad, y con acento soberano
Cantad de su virtud los grandes hechos,
Pues al cantarlos yo su gloria mengua;
Que, aunque impresos están en nuestros pechos,
No los sabe cantar mi tosca lengua.

Y tú Antequera, que de llanto y luto
A la temprana muerte
De tu gran bienhechor pagas tributo;
Si pretendes mostrar que en alta estima
Tuviste al hombre *compasivo* y *bueno*,
Que de tierna piedad llegó á la cima,
Y por tu gloria se nutrió en tu seno;
Si pretendes honrar su alta memoria,
Sigue la que dejó fulgente huella,
Que se sube por ella
A la mansion eterna de la *Gloria*.

EL NAZARENO DE CALLE NUEVA.

TRADICION.

I.

Ya está el siglo diez y siete,
Fecundo en ingenios claros
Como en terribles discordias,
Hacia su fin caminando.

La *leal noble Antequera*,
Que Dió nombre á D. Fernando, (1)
De la corona de España
Es floron rico ypreciado.

En ella la descendencia
De muchos héroes bizarros,
Que la arrancaron del moro,
Su residencia ha fijado.

En su hermoso suelo abundan
Valientes, ricos hidalgos,
Sedientos siempre de amores
Dificiles y arriesgados.

En sus lides amorosas
El triunfo siempre gozaron,

Que del oro y la nobleza
Es el poder soberano.

Mas á ciudad que sostiene
Hombres libres, disipados,
Almas tambien atesora
Henchidas de amores santos:

Y corazones sencillos,
Donde Dios es adorado
Con humildad, con pureza
Y religioso entusiasmo:

Y virgenes candorosas,
Que pueblan austeros claustros,
Con la flor de su inocencia
El ambiente embalsamando.

II.

Misticos dulces cantares
Suenan dentro de la iglesia
De un monasterio sagrado
De religiosas austeras.

Brillan las profusas luces,
Fragante el incienso humea,
Y cual oracion del justo
A las alturas se eleva.

Es que en el santo convento
Solemnemente profesa
Una virgen, que al retiro
Fué desde su edad primera.

La sagrada ceremonia
Un gran concurso presencia,
Y sus curiosas miradas
El coro bajo penetran.

Allí de la monja viendo
La extraordinaria belleza,
Todos quedan admirados,
Y en voz baja la ponderan.

Quien de sus rasgados ojos
Que adornan pestañas luengas
Llama las grandes pupilas
Dos refulgentes estrellas,

Quien del cútis fino y terso
La comparacion encuentra
De la mejilla en la rosa,
De la frente en la azucena;

Quien por último asegura,
Que su boca se asemeja
A un clavel, que del rocío
Guarda las menudas perlas.

Y, para dar mas realce
A hermosura tan perfecta,
Con su fulgente aureola
La circunda la pureza;

Y su rostro, retratando
El albor de la inocencia,
La suave y casta hermosura
De los ángeles revela.

Arrodillada la monja,
Su dulce mirada eleva,
Buscando allá en las alturas
A el que de gracias la llena.

El fuego de amor divino
En su semblante refleja,
Y en serafín la convierte
Por lo encendida y lo bella.

Mas ¡ay! ¿por qué de su rostro
La placidez ya se altera,
Y ruborosa y turbada
Clava su vista en la tierra?

Es que dirigió el acaso
Su mirar hácia la reja,
Allí divisando un hombre,
Que ávido se fija en ella;

Y aquella mirada ardiente,

Que amor satánico muestra,
De su pudor el instinto
No es extraño que extremezca.

Mas en breve desaparece
Esa turbacion ligera,
Que el santo amor la disipa
Como el sol la débil niebla.

Y con voz tan melodiosa,
Que acaso Dios se la diera,
Porque, alzando una plegaria,
Sus justas iras detenga,

La virgen canta los votos
De obediencia y de pobreza,
De castidad y clausura,
Que á su Redentor la estrechan.

Y, tendiéndose en el suelo,
Sobre su cuerpo echan tierra,
Y las fúnebres campanas
Su muerte al mundo revelan.

Alzase luego radiante
De júbilo y de belleza,
Y el desposorio sagrado
Alegres cantos celebran.

Termina la ceremonia:
La comunidad entera
Con fraternal regocijo
Del coro bajo se alega,

Y con lentitud la gente
Se retira de la iglesia,
Un caballero tan solo
Quedando junto á la reja.

Es aquel que una mirada
Fijando en la monja bella,
Las rosas de sus mejillas
En carmines convirtiera.

Sus ojos fija en el coro;
Y, aunque en soledad se encuentra.

Allí donde vió la monja
En su ilusion la contempla.
Y aunque sepulcral silencio
En la iglesia le rodea,
La voz que cantó los votos
En sus oídos resuena.

No sabemos hasta cuando
Inmóvil permaneciera,
Si el cacrístan con las llaves
No se acercara á la puerta.

Entonces con paso lento
Y con la mirada incierta
Sale, llevando en su mente
Un loco infierno de ideas.

III.

Es media noche. Antequera
En calma profunda yace,
Y en brazos del blando sueño
Descansan sus habitantes.

En la bóveda celeste
Derrama su luz suave,
Como lámpara adormida,
El astro de los amantes.

Tiende su manto de nácar
En las solitarias calles,
Velando por su reposo
Como cariñosa madre.

Su melancólico rayo
Aspecto imponente añade
A un sagrado monasterio
De forma sencilla y grave.

Al pié de sus altos muros
Un hombre de esbelto talle
Lentamente se pasea,
Diciendo inconexas frases.

Lleva chambergo con plumas
De airosas alas no grandes,
Ropilla de terciopelo
Con rica gola de encaje;
Altas botas de gamuza
Y, bien templada y brillante,
Luenga espada toledana
Mil veces teñida en sangre.

Es este Don Luis de Zayas,
Hombre de ilustre linaje,
De valor acreditado
Y de fortuna brillante.

Es gentil en la presencia,
Distinguido en los modales,
Cortés y afable en el trato,
En el vestir elegante:

Expléndido en las reuniones,
Esmerado en el lenguaje,
Suspical en el ingenio
Y perfecto en el semblante.

No es raro, pues, que con tantas
Seductoras cualidades
Triunfante á el amor inmole
Las víctimas á millares.

De él con temores fundados
Hablan esposos y padres,
Con envidia el libertino,
Con asombro las beldades.

Es verdad que un corto tiempo
Puso tregua á sus desmanes,
Tomando para consorte
Mas bien que mujer á un ángel.

Doña Gregoria de Zayas
Y Rojas, de ilustre sangre
En las virtudes heróica
Y en la belleza admirable,
Es la jóven, que formando

Con él conyugal enlace,
Creyó, escuchando sus votos
Con amor purificarle.

Mas como el amor del hombre,
Por mas que parezca grande,
Es cual levantada espuma,
Que un leve choque deshace;

Y como el vicio arraigado,
Si se adormece un instante,
Es para alzar mas horrible
Su cerviz abominable,

Ya de su prima y esposa
Comenzaba á fastidiarse
Don Luis, ansiando aventuras
Que loco placer brindasen;

Cuando hizo el rey del Averno,
Siempre del mal anhelante,
Que de la monja hechicera
La profesion presenciase.

Él fué quien próximo al coro
Mirar tan centelleante
A la monja dirigia,
Que la hizo ruborizarse.

Desde entonces una idea
Bullendo en su mente arde
Y un volcánico deseo
Rugiendo en su pecho late.

Y ora en soledad se mire,
Ora en sociedad se halle,
Vé siempre á la hermosa vírgen
En su mente delirante.

En estar junto al convento
Por las noches se complace,
Que la hermosura que encierra,
Es el iman que le atrae.

Pasa la noche formando
Mil proyectos criminales,

Siendo el objeto de todos
A la beldad acercarse.

Los obtáculos que toca,
En vez de hacer que desmayen
Sus impudentes deseos,
Les dan fuerzas colosales.

Y ni un recuerdo dedica
A su esposa, que anhelante
Todas las noches le espera
Y en lágrimas se deshace.

En esta que referimos
Tal vez Satanás derrame
Luz infernal en su mente
Para combinar sus planes;

Porque despues que una hora
Invirtiera en pasearse,
Puesta la convulsa mano
En su ancha frente que arde,

Dice, echando una mirada
Al convento al alejarse:

—Venzo: al oro y la nobleza
No hay montes que no se allanen.—

IV.

Con el corazon tranquilo,
En inocente recreo
Reunidas están las monjas
En el jardin del convento.

Las mas ancianas, sentadas
De la plantacion del huerto
Hablan, mirando risueñas
De las jóvenes los juegos,

Y las alegres novicias
Ya forman grupo hechicero,
Ya se dispersan veloces,
Hermosas flores cogiendo.

Forman con las mas lozanas
Guirnaldas y ramos bellos,
Cada cual para la imágen
De su devocion objeto.

Separada de las otras,
Descansando en toscó asiento,
Una monja peregrina
Fija su vista en el suelo.

Una seglar hay con ella,
Que oculta un alma de cieno,
De la infame hipocresía
Bajo el mas tupido velo.

—Hermana, os hallo muy triste.—
Dice con melífluó acento,
Una mano de la hermosa
Entre las suyas cogiendo.

—Veros así me da pena,
Pues, aunque en este convento
No hay quince dias que habito,
Sabeis lo mucho que os quiero,

Y en verdad ¿cómo no amaros
En el instante de veros,
Si la virtud retratais
En ese semblante angélico?

Solo por haberos visto
Muy bien dijo el caballero
De quien os tengo contados
Tantos lances romancescos.....

—¿Quién?

—Don Luis, querida mia:
¿Sabeis qué dijo? que el cielo
Nos diera en vos un retrato
De sus ángeles mas bellos.

—¡Jesús! ¿pues de mí se acuerda?
—Si de hoy no lo afirmo, al menos
De que acordábase ha poco,
Puedo asegurar que es cierto.

Ya he dicho ¡Dios se lo premie!
Que él paga aquí mi sustento:
Porque es rico, generoso
Y de caridad modelo.

Pues bien; con este motivo,
Cuando entraba en mi proyector
Probar el retiro, hablamos
De este santo monasterio;

Y me dijo haberos visto
Profesar, y con un fuego
Singular me ponderaba
Las gracias que ya estoy viendo....

¡Oh! si en el siglo estuviérais,
Si esos votos, que habeis hecho
Sin pensar, no os sujetaran
Al claustro cual duros hierros,

Hoy de seguro la reina
Erais de sus pensamientos,
Venciendo á las mas hermosas
Que nunca lo consiguieron.

—¡Callad!

—Pues aunque os he dicho
Que en mil y mil galanteos
Ganó el triunfo, todos eran
Nada mas que pasatiempo.

Para fijarse su alma
Ha menester un objeto
Hermoso, puro, sublime
Y.... como vos, por ejemplo.

¡Oh! la mujer á quien diera
Todo su amor, que es inmenso,
En la vida gozaria
Un anticipado cielo.

Su alma es mayor que el espacio,
Y su corazon sincero:
Si cual leon es valiente,
Como la tórtola es tierno.

Y además ¡es tan devoto!
Vos le vereis en el templo
Sin faltar una mañana,
Porque yo todas le veo.—

Nada contesta la monja,
Pero muestra con un gesto
Que la oprimen y atormentan
Las palabras que está oyendo.

Eleva sus bellos ojos:
La seglar calla un momento
Con la mirada indagando
De sus frases el efecto.

Quizás su infernal astucia
Inventa recursos nuevos,
Para en aquel alma virgen
Introducir el veneno.

Porque esta mujer infame,
De diabólico talento,
Esclava de la codicia
A su conciencia dá precio.

Era de Don Luis de Zayas
Conocida hace ya tiempo,
Y aun le ayudó muchas veces
A lograr torpes deseos.

Aunque jóven todavía,
Tan bien usa el fingimiento,
Que la virtud mas austera
La tomara por modelo.

Y como su astucia es tanta
Y tan sagaz es su ingenio,
Su falsa opinion conserva
La sólida destruyendo.

Despues de haber pretextado
Que quiere tomar el velo,
Y antes probar el retiro,
Entre las monjas la vemos.

A la mas jóven y hermosa,

Mostrando un íntimo afecto,
Entretiene con novelas
De que Don Luis es objeto.

Dando color tan brillante
A sus románticos cuentos,
Que cual semidios presenta
Al héroe de todos ellos.

Mas ahora que inventa uno,
Suenan metálicos ecos,
Que al acercarse la noche
Llaman las monjas al rezo.

Levantándose la hermosa,
—Hermana, con Dios os dejo,
Dice á la seglar, que imprime
En sus mejillas un beso.

Luego uniéndose á las otras
Camina con paso lento,
A levantar en el coro
Su corazon al Eterno.

Y la seductora infame,
Sola quedando en el huerto,
Rápida un papel escribe
Estas palabras poniendo:

«Está preocupada, triste,
Don Luis, ganamos terreno:
Ya es tiempo de que pongamos
Por obra nuestro proyecto.»

V.

¡Cuán amarga es la existencia,
Cuando la lucha principia
En un corazon, que ignora
Los sentimientos que anida!

Con su aparente hermosura,
Que al par que envenena hechiza,
Al despertar, las pasiones

Al el alma incauta fascinan.

Por instinto la conciencia
Con voz poderosa grita;
Mas sin comprenderla el alma
Sin cesar vaga intranquila.

Hay á sus piés un abismo,
Que no distingue su vista,
Mas le presiente y al borde
Se suspende y horroriza.

En vano vencer pretende
Aquella fuerza impulsiva,
Que al precipicio la arrastra,
Donde su muerte adivina.

Porque ignora el enemigo
Que en desigual cruda liza,
Con imprevistos ataques
De muerte la deja herida.

Puede el discreto piloto
Con la brújula por guía,
Salvar gigantesca nave
Por la borrasca batida;

Mas el pescador sencillo
Que sin brújula camina,
Si el mar encrespa sus olas,
¿Cómo salvar su barquilla?

Puede el alma, que conoce
La torpeza y la mentira
Del mundo, burlar sus trazas,
Combatir con valentia.

Mas el alma, que conserva
La inocencia primitiva,
Y ni aun sospecha el engaño
En su candor adormida,

Las mágicas seducciones,
Conque el mundo la cautiva,
¿Cómo vencer, si nó sabe
El veneno que destilan?

¿Qué sabe la hermosa virgen,
Que en su retiro tranquila
Solo ha visto las virtudes,
Solo probó sus delicias?

¿Qué sabe de las pasiones
Que á los humanos agitan?
¿Qué sabe? ¿cómo comprende
Lo que ahora siente en sí misma?

Le hablan de amor: se lo muestran
Cual deidad brillante y rica,
E ignora que la hojarasca
Y el oropel le atavian,

Y que un soplo de inconstancia
De sus adornos la priva,
Descubriendo un esqueleto
Repugnante á nuestra vista.

Le hablan de ventura inmensa,
Y no sabe que la dicha
Solo existe en las virtudes,
Y en la conciencia tranquila.

No sabe que las pasiones
Placer de un momento brindan,
Y luego en mares de llanto
El corazon se liquida.

¡Pobre inocente hermosura
Cuyo corazon palpita
Con impresion, que no halaga
Aunque no sabe rendirla!

Quiere alzar cual otras veces
A Dios su plegaria pia;
Quiere gustar las dulzuras
De un alma contemplativa;

Mas en éstasis sagrado
No vé con lumbre divina
Nuestros angustos misterios,
Ni ya su Dios la acaricia;

Porque de negros vapores

Alzase sombra maligna,
Que su horizonte oscurece
Y de las luces la priva:
Y aquel vapor se condensa,
Tomando sombras precisas,
Y un hombre hermoso y amante
Su absorta mente divisa.

Su voluntad le rechaza
Por la pureza instintiva;
Mas glorias y amor la ofrece,
Y á él su corazon se inclina.

¡Pobre hermosura! La Virgen,
Que es foco de luz divina,
Y siempre fuera el objeto
De su ternura sencilla,

La dé luminoso rayo
Para que el abismo mida,
Do la seducción infame
Despeñarla solicita.

VI.

Es media noche: los astros
Como en paño funeral,
Encubiertos con el velo
De negras nubes están.

Ninguna estrella se atreve
A romper la oscuridad,
Que hacen mas aterradora
Los silvos del huracan.

Una lluvia espesa y fria
De monótono compás
Armoniza con los vientos,
Que hacen la tierra temblar.

Solitarias de Antequera
Las anchas calles están,
Y el silencio del sepulcro

Reina en toda la ciudad.

¿Quién osará en esta noche
Por ellas atravesar,
Cuando amenazan los cielos
Horrisona tempestad?

¿Quién? miradlo: ese fantasma
Que con paso desigual
Se distingue entre las sombras
Junto á un convento vagar,

¿Es de un triste condenado
El espíritu quizás,
Que su salvacion pretende
En el convento encontrar?

¿O es el rey de las tinieblas,
El malicioso Satán,
Que de las cándidas vírgenes
Quiere el sueño perturbar?

No que es Don Luis, á quien muestran
Con intento criminal
El chambergo y ferreruelo
Con que recata su faz.

A su cintura ceñida
Penetrante daga va,
Y el ferreruelo no alcanza
Su espada bien á ocultar.

Ya exaltado se pasea.
Ya se para en el umbral
De humilde casa, si escucha
Sus espuelas resonar.

En los muros del convento
Clavada su vista está,
Cual si quisiese con ella
Su elevacion calcular.

En el reloj del castillo
Pausadas las doce dan,
Y el caballero las cuenta
Con señales de ansiedad.

Luego, poniendo una escala,
Comienza con planta audaz
A subir, y en breve, logra
El alto muro escalar.

Da con precaucion tres golpes
De su llegada señal;
Mas obtiene por respuesta
De los vientos el bramar.

Para repetir la seña
Otra vez los golpes dá,
Y solo escucha en el cielo
Recia tormenta rodar.

Otra vez repite en vano:
Pierde la prudencia ya:
Furioso crispa los puños
De amenaza en ademan.

Porque esta noche soñaba
Risueña felicidad,
Consiguiendo de la monja
El poderse apoderar.

Que la infame seductora
Le hizo promesa formal
De, engañando á la inocente,
Hacerla al jardin bajar.

Por eso ya prevenido
Fuera de Antequera está
Un mozo con dos caballos,
Para en seguida escapar,

Mas al ver que no le esperan,
Al ver burlado su afan,
La precaucion abandona
Y éntrase sin vacilar.

Rápido el jardin registra,
Donde triste gravedad
Ostentan altos cipreces,
Que al cielo quieren tocar:

Donde la flor que recuerda

La pasión de Cristo, está
A la madre selva unida
Para el muro tapizar.

Las puras flores, que crecen
Para el templo, sin piedad
Separa, troncha y deshoja
En su ardiente delirar.

Mas no encontrando el objeto
De su amor loco, infernal,
Por una puerta que cede,
Al claustro se va á lanzar.

En este instante la tierra
Se extremece al huracan,
Y parece que en su seno
Quiere á Don Luis sepultar.

El relámpago difunde
Pavura y horror mortal,
Cuando del hidalgo impio
Baña la lívida faz.

Es que tal vez lanza el cielo
Anatemas al galan,
Y que *anatemas* repiten
Los truenos al retumbar.

Mas ni aun las iras celestes
Hacen á Don Luis cejar;
Y se aventura en los claustros
Envuelto en la oscuridad:

Vé una lámpara, que alumbra
Una imágen celestial
De la Virgen sin mancilla,
Que inspira tierna piedad.

Tal vez á su vista siente
Remordimiento fugaz,
Tal vez quiere la conciencia
Su potente voz alzar.

Que la irreligion, el mónstruo
Cuyo veneno es letal,

Aun no se atreve la tierra
Con su aliento á emponzoñar.

Y si los pechos anidan
De pasiones un volcan,
Las creencias religiosas
Aun guardan su puridad.

Mas el vértigo de nuevo
A Zayas vuelve á turbar,
Y desoye la conciencia,
Avanzando mas y mas.

Vé una puerta y débilmente
¡Ay Dios! oye suspirar;
Abre y halla ¡oh que sorpresa!
A su adorada beldad.

Con sus hábitos cubierta
De humilde y tosco zayal,
Recostada en pobre lecho
La hermosa virgen está.

A sus piés tambien dormida
Se halla la torpe seglar:
Que Dios con el sueño quiso
Se estorbare su maldad.

Al leve ruido que hace
El caballero al entrar,
Abre la monja los ojos
Y un leve suspiro dá.

Mas de Don Luis la presencia
Juzga ensueño pertinaz:
Por eso, á Jesús llamando,
Los ojos vuelve á cerrar.

Pero cayendo de golpe
Él á sus piés, sospechar
Hace á la pobre hermosura
Que mira la realidad.

Levántase presurosa,
Un grito ahogado al lanzar.

—Silencio.—Don Luis la dice

Con suplicante ademan.

—Seguidme á donde goceis
Venturosa libertad,
A donde gloria y riquezas
Mis amores os darán.—

Estupefacta la monja,
Otra vez vuelve á pensar
Que lo que mira y escucha
Es pesadilla fatal.

El estupor de la hermosa
Don Luis quiere aprovechar,
Para hacerla que abandone
La casa de santidad.

Mas al ver su resistencia
Saca un agudo puñal,
Y apoyándolo en su pecho
Dice con serenidad:

—No sigais al que os adora,
Haced vuestra voluntad;
Mas sabed que en este punto
Mi sangre os inundará.—

Un ¡ay! de terror exhala
La monja, y con ansiedad
Detiene á Don Luis, que finge
Quererse el pecho rasgar.

En tan amargo conflicto
La pobre vírgen ¿qué hará,
Si aquella traidora farsa
Imagina ser verdad?

¿Cómo anegado en su sangre,
Que á ella misma inundará,
Por su firme negativa
A Don Luis ver espirar?

Entre sus congojas llama
En su auxilio á la seglar,
Mas esta en sueño profundo,
Fingido tal vez, está.

—Me seguís,—Don Luis la dice,

Y ella no responde ya,
Porque agotadas sus fuerzas
Por él se deja arrastrar.

Por el raptor conducida
Anda con dificultad
Por el claustro, mas se para
De María ante el altar.

En los ojos de la imágen
Algo nuevo advertirá,
Porque en lágrimas deshecha
No adelanta un paso mas.

Al pié de la Virgen pura
Parece que vá á exhalar
Entre gemidos el alma
Llena de angustia mortal.

En vano Don Luis intenta
Sacarla de aquel lugar:
En vano otra vez suplica
Con empeño sin igual.

Por fuerza quiere arrancarla
En su insistencia tenaz;
Mas no lo alcanza ni el brio,
Que su frenesí le dá.

En esto resuena un canto
De mística suavidad,
Y el hidalgo retrocede,
Dos pasos dando hácia atrás.

Con débil luz que no alcanza
Las sombras á disipar,
Dando á los objetos formas
Vagas cual su claridad,

Cual las fantasmas de un sueño,
Vé con lenta majestad
Las monjas al fin del claustro
Confusamente pasar.

Ya en el alma experimenta

Una impresion sin igual:
Ya en sus venas siente el hielo
De la muerte circular.

Con el rostro descompuesto,
A la contrita beldad
Deja, y al jardin corriendo
Vuelve su muro á saltar.

Por convulsion espantosa
Su cuerpo agitado vá,
Y erizados sus cabellos
De terror pánico están.

Así delirante, corre
Sin direccion la ciudad
Y entrando en la calle Nueva
Queda en letargo mortal.

En este instante la monja,
Ya rendida de llorar,
Al pié de la Virgen Madre
Tambien sin sentido está.

VII.

Huyó con la triste noche
La tempestad horrorosa,
Y una mañana tranquila
El sol con su lumbré dora.

Por entreabierta ventana
Un rayo de luz dudosa
Deja ver un aposento,
Que adornos ricos decoran.

En él se encuentra una jóven,
De aspecto noble y hermosa,
Que inclinada sobre un lecho
Amargas lágrimas llora.

Está en el lecho, cubierto
De palidez espantosa
Don Luis, en hondo letargo

Que los sentidos le roba.

Dos buenos hombres le hallaron,
Cuando asomaba la aurora,
En calle Nueva, y creyendo
Que en sueño eternal reposa,

Despues de reconocido
A su casa le trasportan,
Causando triste sorpresa
A su fiel y tierna esposa.

Médicos llaman al punto;
Mas sus esfuerzos no logran
Que Don Luis vuelva al sentido,
Y á la calma su señora.

A consultar se retiran:
Y en tanto Doña Gregoria
Sin testigos alza al cielo
Su plegaria fervorosa.

Mas ¿és ilusion? ¿delirio
Será de la mente loca,

O entre suspiros suaves
Amante Don Luis la nombra?

No es ilusion, que la vida
Ya las mejillas colora
De Don Luis, que abre los ojos
Y los dirige á su esposa.

Ella de rodillas cae
Y él una mano la toma,
En tanto que reanimado
Fuerzas para hablar recobra.

Luego empieza de este modo:
—Ya que á la vida me torna
El Dios de piedad, escucha
Pecados que el alma llora.

Tú ya sabes cuánto ha sido
Mi juventud borrascosa,
Cuánto afanoso he volado
De amor tras las falsas glorias,

Nuestro enlace por fortuna
De mis desórdenes rota
Dejó la cadena, y torpe
Yo quise anudarla ahora,
En esta pasada noche
¡Es sacrilegio que asombra!
Quise arrancar de un convento
Una vírgen candorosa,

Infundiéndome un espanto
Que vivirá en mi memoria,
Mi crimen la Providencia
Estorbó maravillosa.

Sin conciencia de mí mismo
Vagué de una calle en otra,
Y entrando en la Nueva tuve
Una vision salvadora,

Yo vi á Jesús Nazareno
Cargado con cruz penosa,
Coronado con espinas
Que la sangre tiñó rojas.

¡Sangre! ¡sangre destilaban
Por do quier sus carnes rotas!
¡Sangre lloraban sus ojos!
¡Oh que sangre tan copiosa!

La respiracion, escasa
Era en su cárdena boca,
Y la mirada en sus ojos
Severa al par que amorosa.

¡Oh! si los hombres le vieran
Cuando en la culpa se enlodan,
En llanto se desharian,
Cual yo me deshago ahora.

Mira, por tu amor, me dijo,
Derramar mi sangre toda,
Y tú con un sacrilegio
Tus graves culpas coronas.

Esto en el alma me hizo

Impresion tan dolorosa
Que en tierra quedé pidiendo
A Jesús misericordia,

Ahora bien; si como siempre
Benigna, tú me perdonas.
Anticipadas tendremos
Las delicias de la gloria.

Ya mis vicios se acabaron,
Y mi vida escandalosa
Quiero remediar al punto
Con una vida expiatoria.

Yo que en el mundo buscaba
Placeres con sed hidrópica,
Sin que ninguno saciase
Mi alma torpe y veleidosa,

Hallaré calma y ventura
Si mis excesos perdonas,
Sirviendo al que dió su sangre
Por las almas pecadoras.—

Calla Don Luis, y á sus brazos
Se lanza Doña Gregoria
Diciendo entre llanto dulce:

—Mi corazon te perdona.—

Y ambos esposos mezclando
Sus lágrimas bienhechoras,
En santo amor abrasados
La gracia del cielo imploran.

VIII.

En tanto que el caballero
Volvió á la vida, en los brazos
De su fiel y tierna esposa,
Sus graves culpas llorando,

La monja á quien circundaba
De cariñosos cuidados
La comunidad entera,

En sí volvió suspirando.

Al punto su rostro bello,
Descolorido cual mármol,
Bañan sus hermosos ojos
Con dos raudales de llanto,

Y con acento profundo
De humildad, que entrecortado
Dejan los hondos gemidos,
Que exhala su pecho casto,

Dice:—Hermanas, escuchadme,
Por caridad lo demando,
Y despreciadme despues,
Cual merecen mis pecados.

Sabed hay maldad tan grande
En mi corazon ingrato,
Que los favores del cielo
Casi los tuve olvidados.

Impresion desconocida,
Mi corazon agitando,
En la oracion me robaba
Del santo amor los regalos.

Entre brillantes colores
Vi alzarse de amor mundano
Mil engañosos fantasmas,
Que incauta me fascinaron.

Perdí la paz y alegría;
Y aun esto es castigo escaso
Para quien la limpia fuente
Deja por inmundo charco.

En esta pasada noche,
Sin que lograrse descanso,
Un hombre amante veia
Entre mi sueño agitado:

Cuando, no se de qué modo,
Nuestra casa profanando,
Este hombre llegó á mi celda
Lleno de amor insensato,

Rogome que le siguiera,
Y yo intenté rechazarlo,
Mas quiso herirse de muerte,
Y heló mi sangre de espanto.

Ya cediendo, sumergida
En un profundo marasmo,
Por sus ruegos, arrastrada
Iba tras él por el claustro;

Mas viendo á la Virgen pura
Quise rogarla, fijando
En su rostro peregrino
Mis ojos extraviados.

Entonces sentí romperse
Mi corazon en pedazos,
Pues me miró suplicante,
Vertiendo copioso llanto.

Caí á sus piés afligida:
De allí con esfuerzos vanos
Quiso arrancarme aquel hombre,
Que al fin huyó de mi lado.

Con luz que me dió María,
Al verme á su planta orando,
Ví el negro abismo, hácia donde
Encaminaba mis pasos.

Viendo mis ingratitudes
Fué mi desconsuelo tanto,
Que ya perdidas las fuerzas
Quedé en profundo desmayo.

Ahora, que al sentido vuelvo,
Os refiero este milagro.
Hermanas, porque entre todas
Me deis el lugar mas bajo;

Porque alabeis á María,
Su caridad admirando,
Y mi perdon supliqueis
A nuestro Esposo adorado.—

Pasmadas las religiosas,

Al ver prodigio tan raro,
Alzan un himno á María,
Su inmensa piedad loando.

Despues á la penitente,
Ardiendo en el fuego sacro
De la caridad fraterna,
La dan un cordial abrazo.

IX.

¡Oh cuán inmenso en bondades
Se muestra el Señor del orbe,
Cuando su perdon ofrece
A los pobres pecadores!

Sin amor á Dios, infierno
Es la existencia del hombre;
Donde parodian la dicha
La vanidad, los amores.

Saltando profundas zanjas
De abismo en abismo corre
El alma, sembrando el mundo
De abrojos desgarradores.

Mas con el amor divino,
Fuente copiosa de goces,
Por senda fácil camina,
Sembrando á su paso flores.

Don Luis, que fué en Antequera
Temido por el desorden
De su vida, que sembraba
Muerte, deshonor y horrores,

Al cabo de pocos meses
Es el ángel de los pobres,
Dando á la virtud modelo
De las virtudes mas nobles.

En su rostro, que rebosa
Del alma los resplandores,
El fuego de amor divino

Arroja sus resplandores.

Su traje tosco y sencillo,
La modestia de su porte,
Muestran la humildad profunda
Que su corazon esconde,

En él la ciudad encuentra
Un bálsamo á sus dolores,
Que el Espíritu Divino
Le enriquece con sus dones.

Manda hacer en calle Nueva
Un arco, en que se coloque
La imágen de Jesucristo,
Para que el milagro conste:

Otra igual frente á su lecho
En su humilde estancia pone,
Ante la cual se sumerge
En santas inspiraciones.

Y, cuando, pasado el dia,
Tiende su manto la noche,
Vestido de nazareno
A el indigente socorre.

A el dichoso penitente
Con el disfraz desconocen:
Y al preguntarle á quien deben
Tan generosos favôres

Dice:—Por este socorro
Dad á Cristo adoraciones,
En el arco, ante su imágen,
Que es llamada *El Dulce Nombre*.—

Mas, aunque ocultarla quiere,
Ya su virtud se conoce,
Y con respeto entusiasta
Le tributan bendiciones.

Secundado por su esposa
En tan piadosas acciones,
Es la existencia de ambos
Raudal de santos amores.

Entre tanto en su convento
Con ayunos, oraciones,
Humildad, contrición pura
La monja purifícase.

En los oficios mas bajos,
En los trabajos mayores
Pronta siempre y placentera
Hallan á la tierna jóven.

A su voluntad renuncia,
Al amor propio desoye,
Y á todas las religiosas
Reconoce superiores.

Mas con vida tan austera
Que demacra sus facciones,
Aun mas su hermosura acrecen
El gozo y paz interiores.

Porque es mucha la dulzura
Que gustan los corazones
Que, negándose á sí mismos,
A Jesucristo se acogen.

Nuestro espíritu en el mundo
Tiene por aspiraciones,
A otro espíritu infinito
Unirse con lazo doble.

Y esa union mística, eterna,
Hace el Señor que la gocen
Las almas *justificadas*,
Que renuncian sus pasiones.

Tambien la seglar, llorando
Sus culpas muchas y enormes,
Con su edificante vida
Hace olvidar sus errores.

Así la misericordia
Del que murió por los hombres
El pensado sacrilegio
Hace que en virtud se torne,
Y que los tres, que rodaban

Hacia el abismo veloces,
Por la gracia sublimados,
Hasta el cielo se remonten.

Don Luis, que muere el primero,
Manda, legando su importe,
Que siempre el Señor del arco
Seis luces tenga en la noche.

Doña Gregoria, modelo
De virtud, y aun bella y jóven,
Luego que muere su esposo,
Los lazos del mundo rompe.

Toma el velo en las Descalzas
Y hace grandes donaciones
Al convento en que acrisola
Sus virtudes superiores. (2)

NOTAS.

(1) El Infante Don Fernando, llamado *el de Antequera*, por haber conquistado esta plaza de los moros en 1410. Era por entonces regente de Castilla en la menor edad de Don Juan el II, y fué despues rey de Aragon.

(2) Entre las muchas tradiciones antequeranas de que se conservan datos históricos, esta es una de las mas indudables. Sobre dar cuenta de ella el antiguo M. S. de Barrero Baquerizo y algunas otras historias ineditas, existen curiosos apuntes en el archivo de las Carmelitas Descalzas de esta ciudad, donde profesó á los 40 años de edad la viuda de Don Luis de Zayas. Tambien existen en el convento que fué teatro del suceso; pero no hay necesidad de nombrar este convento, ni hemos conseguido de la superiora de él el nombre de la monja penitente, dándonos como razon de su negativa, el que existe aun en Antequera el apellido que aquella llevaba. Hoy se conserva aun sobre el arco de calle Nueva, iluminada con profusion, la imágen de Jesús Nazareno, y la copia de ella en el convento de Carmelitas Descalzas.

NOTAS

(1) El Instituto Don Fernando, situado en las Aduanas, por haber con-
quistado este lugar de los moros en 1370. Era por entonces escuela de Caballeros
en su honor tal de Don Juan el II, y las dequesas rey de Aragón.

(2) Entre las muchas relaciones autorizadas de que se conservan datos
históricos, esta es una de las más interesantes. Se trata del conde de ella el an-
tiguu D. S. de Herrera. Seguramente y algunas otras historias locales, existen
curiosas noticias en el archivo de las Cronicas de Castilla de esta ciudad, don-
de guardada está la vida de Don Juan de Lara. También exis-
ten en el convento que fue teatro del suceso; pero no hay necesidad de men-
cionar este convento, ni hemos conseguido de su superior, de él el nombre de su
mostru pariente, sabidos como eran de su apellido, de que existe una co-
pial de su apellido que queda en el archivo. Hay se conserva una copia de uno
de este libro, juntamente con algunas, la historia de todos los reinos, y la
copias de ella en el convento de las Hermanas Descalzas.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.	III
A LA GLORIA.	1
EL CIEGO DE NACIMIENTO.	3
A EL OMNIPOTENTE.	9
A LUISA.	11
LA TONA DE ANTEQUERA.	14
A UNA TÓRTOLA.	19
DOLORES DE MARÍA.	24
A MI AMIGA R. DE G.	30
FANTASÍA.	35
HIMNO Á LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO.	39
EL CORAZON HERIDO	42
LA VANIDAD Y LA RAZON.	46
LA VIRTUD	48
A ADELA.	53
AMOR DIVINO.	57
UN RECUERDO Á GRANADA.	60
A LA ILUSION.	62

II.

Páginas.

A TRES AMIGOS.	65
A LA ESPERANZA.	69
PLEGARIA Á LA VÍRGEN MARÍA.	72
IMPROVISACION Á UNA FLOR.	77
A ELOISA.	78
UNA MIRADA AL CIELO.	82
A NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS.	85
EN LA SOLEMNE APERTURA DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA CIUDAD DE ANTEQUERA.	87
A LA MUERTE.	91
A UNOS PREDICADORES.	95
EL ESTUDIO. A LA JUVENTUD.	97
EL SACERDOCIO. Á DON N. DE N. EN SU PRIMERA MISA.	101
CANTO Á MARÍA.	105
A ELOISA.	108
A LA ASCENSION DEL SEÑOR.	111
A MI AMIGO DON EMILIO DE LA CERDA. DESALIENTO.	114
A MI CORAZON.	118
A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II. FANTASÍA.	121
LA INCONSTANCIA. SONETO.	125
A UN NIÑO.	126
A LA INMACULADA CONCEPCION. HIMNO.	129
DESENGAÑO. A.....	131
EL HOMBRE JUSTO. DEDICADO Á LA MEMORIA DEL SEÑOR DON JUAN MORENO Y MORENO	133
EL NAZARENO DE CALLE NUEVA. TRADICION.	
I.	140
II.	141
III.	144
IV.	147



III.

	<u>Páginas.</u>
V.	151
VI.	154
VII.	161
VIII.	164
IX.	167
NOTAS.	171

Page

151	V
152	VI
153	VII
154	VIII
155	IX
171	Notes

PRECIO. En Antequera y Granada en los puntos de venta.
En los demás puntos de la península 10 reales.
García, redacción del libro y librería de la imprenta
y de D. José Ximénez -- Antequera, casa de la imprenta y en la
imprenta y librería de D. Agustín Gallardo -- Alcazar de San Juan.
Burgos y Madrid en las principales librerías.



PRECIO. En Antequera y Granada 16 reales el ejemplar.
En los demás puntos de la península 18 reales.

GRANADA, redaccion del Triunfo y librerías de la Puntualidad
y de D. José Zamora.—ANTEQUERA, casa de la autora y en la
imprensa y librería de D. Agustín Gallardo.—MADRID, SEVILLA,
BARCELONA y MÁLAGA, en las principales librerías.

